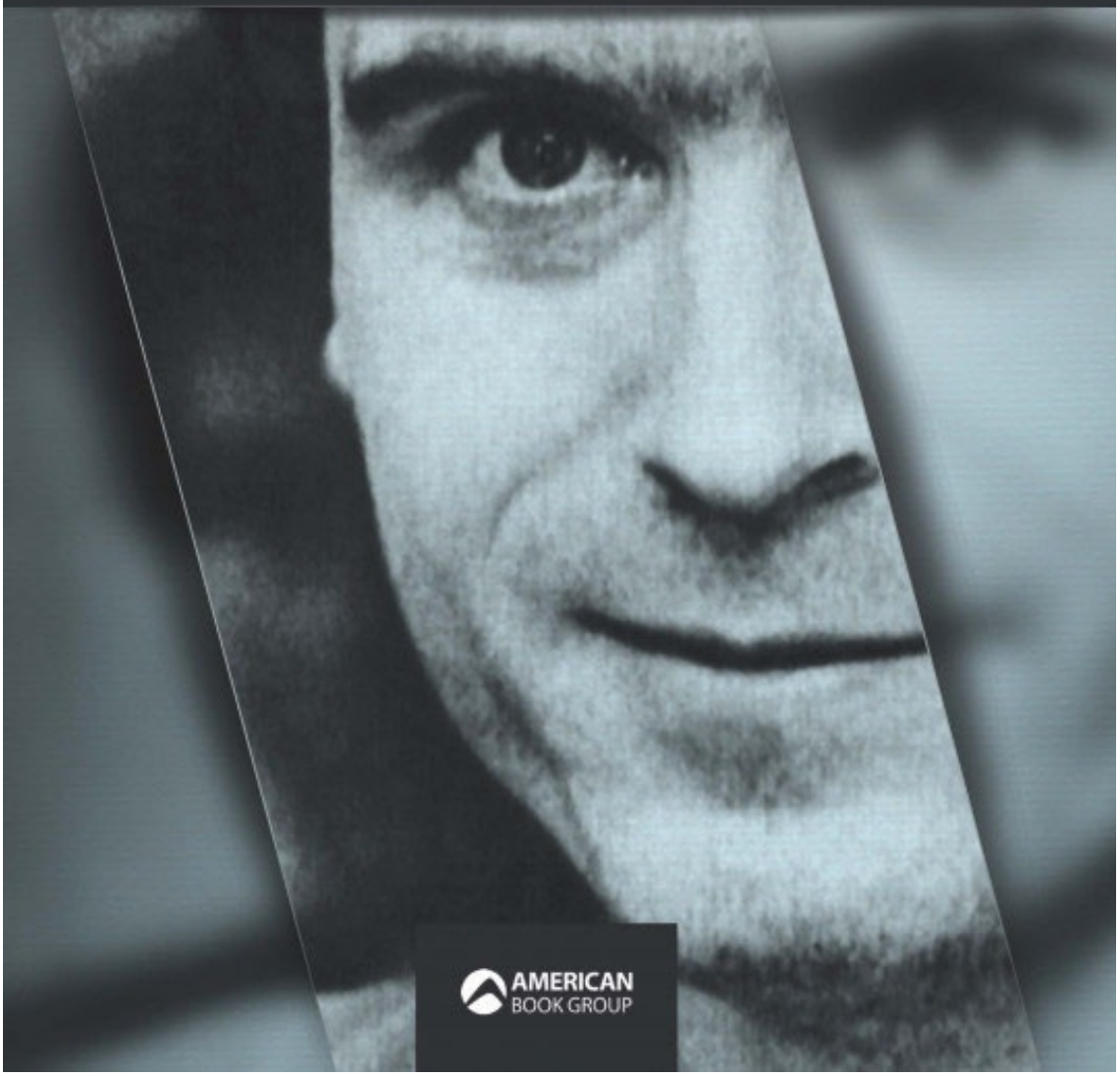
Mente Criminal

TED BUNDY

LA MENTE DEL MONSTRUO

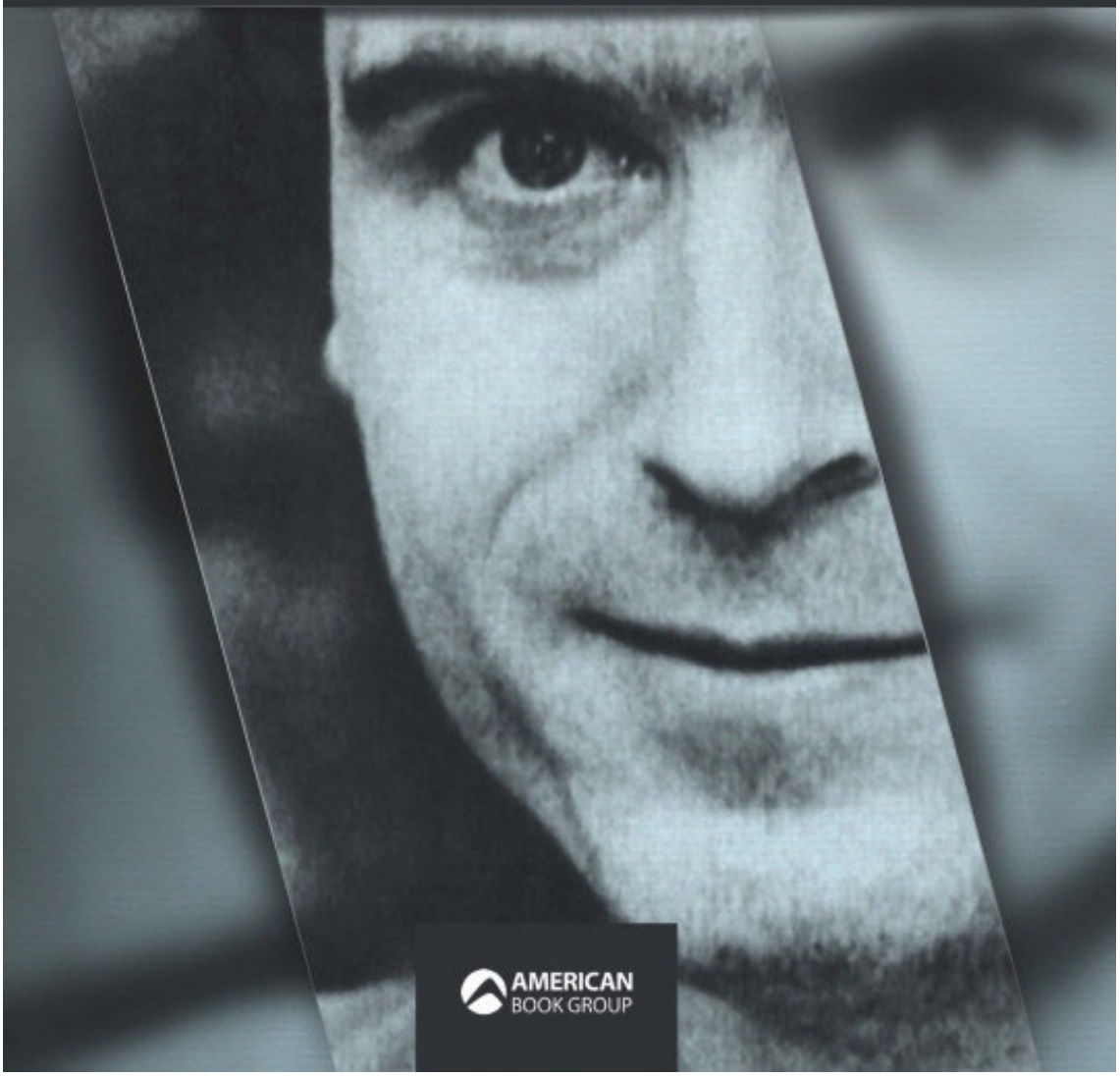


AMERICAN BOOK GROUP

Mente Criminal

TED BUNDY

LA MENTE DEL MONSTRUO



AMERICAN BOOK GROUP

Ted Bundy

LA MENTE DEL MONSTRUO

Biblioteca Mente Criminal

Edición Smashwords

American Book Group

INNOVANT PUBLISHING

SC Trade Center: Av. de Les Corts Catalanes 5-7

08174, Sant Cugat del Vallès, Barcelona, España

© 2021, Innovant Publishing SLU

© 2021, TRIALTEA USA, L.C. d.b.a. AMERICAN BOOK GROUP

Director general: Xavier Ferreres

Director editorial: Pablo Montañez

Director de producción: Xavier Clos

Colaboran en la realización de esta obra colectiva:

Directora de márqueting: Núria Franquesa

Project Manager: Anne de Premonville

Office Assistant: Marina Bernshteyn

Director de arte: Oriol Figueras

Diseño y maquetación: Roger Prior

Edición gráfica: Emma Lladó

Coordinación y edición: Adriana Narváez

Seguimiento de autor: Eduardo Blanco

Redacción: Adriana Patricia Cabrera

Corrección: Olga Gallego García

Créditos fotográficos: 21, ©Woodrow Wilson High School, Associated Students

Permission; 30-31, ©FBI Archive; 40-41, ©Bettmann/Getty Images; 56-57, ©Bettmann/Getty Images; 84-85, ©AP Photo/George Frey; 95, ©Bettmann/Getty Images; 97, ©Bettmann/Getty Images; 104, ©Album/Florida Correctional; 109, ©FBI Archive; 131, ©Bettmann/Getty Images. Shutterstock.

ISBN (edición impresa): 9781681658896

Library of Congress: 2021946735

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States

Nota de los editores:

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos. Algunos títulos de la colección podrían ser modificados si circunstancias técnicas así lo exigieran.

La editorial no se responsabiliza por los sitios Web (o su contenido) que no son propiedad de la misma.

Índice

Capítulo 1. Siesta

Capítulo 2. Asombro

Capítulo 3. Angustia

Capítulo 4. Pánico

Capítulo 5. Repelús

Capítulo 6. Sorpresa

Capítulo 7. Contracara

Capítulo 8. Un hombre con ángel

Capítulo 9. Horror

Capítulo 10. Justicia

Capítulo 11. Casos abiertos

Capítulo 12. Regresión

Perfil criminal

Bibliografía

Capítulo 1

Siesta

Verano de 1950. Tres de la tarde en Burlington, Vermont (EE. UU.). El verano alcanza su cénit con temperaturas que, este año, rebasan la media: 32 ºC. La sencilla casa de los Cowell, un tanto retirada del centro, de impecable pórtico y mecedora en la puerta, se abrasa pasivamente en el silencio de la tarde.

Dentro, Julie cierra los postigos y deja las habitaciones en penumbra para mantener a raya el calor. En la calle, la sombra tupida de los arces da refugio a los pájaros y, más allá, el lago Champlain ofrece sus aguas transparentes a aquellos que tienen permiso para salir a jugar.

Con cada ventana que se cierra, las Green Mountains que rodean la ciudad se disipan hasta desaparecer y se silencia el canto de las cigarras. Afuera, queda un grupito de niños que pasea en bicicleta y, por encima de los árboles, las nubes que al caer la noche llegarán a Canadá. Dentro de la casa, gana el aire la voz de Bob Wills, que desde la radio conmueve a la joven con «Faded Love», su hit de 1950.

Echar una siesta es el mejor programa para una tarde tórrida. Cuando baje el sol, Julie podrá estrenar su vestido estampado con pequeños lunares y llegarse hasta el parque Leddy, el punto de reunión de chicas y chichos dispuestos a divertirse. Se acuesta y la mecen sus fantasías. Con veinte años, Julie sueña con un amor, una casa, un coche, vacaciones en verano... En suma, una vida perfecta.

Menos de una hora después de dormirse, una sensación extraña o quizá un leve tintineo la despierta. Se siente sobresaltada; algo ha ocurrido a su alrededor, lo presiente, y aunque aguza el oído, no descubre nada.

Abre los ojos. Inmóvil, apenas puede dar crédito a lo que ve: está rodeada de cuchillos. Cuchillos grandes de cocina, cuchillos de carne, cuchillos para las

verduras, cuchillos de postre... Está rodeada de todos los cuchillos de la casa.

Ninguno la toca, casi la rozan pero ninguno alcanza su cuerpo. Se podría decir que están allí amorosamente acomodados, ordenados con precisión milimétrica, formando pequeños y grandes rayos que se desprenden levemente de su figura.

Deberán pasar unos segundos aún, hasta que pueda estar segura de que no se trata de un sueño. Alguien sigilosamente y en el más absoluto silencio los ha puesto ahí, para jugar o matar el aburrimiento de la hora de la siesta.

De pie, a un lado de la cama, su sobrino Ted, un dulce niño de apenas tres años, le muestra su sonrisa más pícara y pestañea lentamente como haciendo gala de sus lindos ojitos.

Capítulo 2

Asombro

«Estos criminales no son monstruos y pueden no parecer extraños. Los asesinos en serie a menudo tienen familia, hogar, empleo y aparentan ser miembros normales de la comunidad.»

Unidad de Análisis de Conducta (UAC), departamento del Centro Nacional para el Análisis de Crímenes Violentos, FBI. 2005.

Estado de Washington, principios de los años 70. Casi tres millones y medio de personas vivían de la productiva industria de la madera, la agricultura y, desde hace algún tiempo, del creciente turismo nacional y de la fábrica de aviones Boeing, instalada desde 1916 en los viejos astilleros Heath, en Seattle, a orillas del río Duwamish.

El contraste entre las montañas de las Cascadas y la cuenca del río Columbia otorgan al estado y a su capital, Olympia, una tranquilidad y una calma especiales y lo dotan de una personalidad pacífica. Sin duda, en aquella época, la población de este Estado vivía en un remanso natural ajeno al bullicio de las grandes urbes y disfrutaba de un clima agradable, sin extremos.

En sintonía con la penetrante belleza del paisaje y su atractiva orografía, el clima social era de adelantos tecnológicos, movilidad social y nuevas corrientes ideológicas. El movimiento por los derechos civiles maduraba y se oponía a los años de opresión y hostigamiento que lo habían precedido, al tiempo que las libertades individuales ganaban protagonismo. Atrás había quedado el Mayo francés, la sacudida mundial que supuso la Revolución Cultural de Mao en China, la carrera espacial y hasta los los tensos momentos de crisis con la Unión Soviética. Los años 70 fueron, sin duda, una bisagra entre aquella revolución hippie y la modernidad de los 80, y se balanceaban entre el flower power y el pop.

Una parte importante de la población estadounidense reclamaba el cese de la guerra de Vietnam; los negros y las mujeres, segregados durante décadas, iban ganando a paso firme su espacio; las ideas y el estilo de vida generados por el movimiento hippie poco a poco se iban incorporado a la sociedad y, salvo por la gran crisis económica generada por la Organización de Países Exportadores de Petróleo en 1973, los norteamericanos se concentraban en el progreso individual, así como en afianzar la libertad sexual y de pensamiento.

En este contexto, las universidades estaban copadas por jóvenes mujeres que habían dejado atrás el rol de futuras amas de casa y se perfilaban ahora como profesionales en todos los campos. En The Evergreen State («el Estado siempre verde», como se conoce a Washington por su rica naturaleza), los acontecimientos que estaban por venir en ciudades como Seattle, Tacoma, Everett o Ellensburg fueron un golpe a traición, el despertar a una realidad despiadada y cruel.

A partir de finales del año 1973, una serie de desapariciones de muchachas jóvenes iba a hostigar a las familias y a cambiar para siempre el carácter ingenuo de la población del estado de Washington que, hasta ahora, parecía vivir en total confianza, sin preocuparse por nada.

Un extraño silencio

En efecto, el 25 de noviembre de 1973 el estado de Washington se enfrentó a la enigmática desaparición de Katherine Merry Devine, de 15 años. La adolescente no quiso acatar la prohibición de sus padres de viajar y decidió escaparse de su casa. Kathy fue vista por última vez por sus amigos haciendo autostop en Seattle. Planeaba ir esta ciudad hasta Rockaway, Oregón, para visitar a sus primos. Nunca llegó. Más tarde, algunos testigos afirmaron haber visto a una chica de cabello castaño claro y ojos azul grisáceo, vestida con unos pantalones azules acampanados con un parche de dragón en el bolsillo, un abrigo de gamuza

y botas de montaña, subiéndose a una camioneta conducida por un hombre joven.

Pasarían once días de búsqueda, angustia, preocupación y espera hasta que el 6 de diciembre de 1973, una pareja encontrase los restos de una adolescente en Watershed Park, una reserva natural y acuífera de casi 1 km2, cerca de Olympia, la capital del estado de Washington.

Según los forenses, Kathy Devine murió poco después de haber iniciado el viaje. Había sido estrangulada, sodomizada y le cortaron la garganta.

Según palabras de su madre, Kathy «era una adolescente típica con problemas típicos de la adolescencia. Pero era hermosa por dentro y por fuera. Era de corazón blando y le gustaba la poesía. Quería ser predicadora».

Este despiadado y conmovedor crimen daría inicio a un tenebroso goteo de desapariciones, asaltos, violaciones y crueles asesinatos de jovencitas a lo largo de 1974. La desinformación, la falta de pruebas y de testigos, y la brutalidad con que eran atacadas las víctimas cuyos cadáveres fueron recuperados eran el denominador común..., y un extraño silencio planeaba sobre todos estos casos.

Las desapariciones y los asaltos asolan el estado de Washington

El año 1974 arrancó con nuevas y angustiantes noticias: menos de dos meses después del asesinato de Katherine Merry Devine y a poco más de 265 km de distancia, en la ciudad de Vancouver (Washington), Karen Sparks, más conocida como Joni Lenz, fue hallada en su cama al borde de la muerte.

La noche del 4 de enero, la joven de 18 años fue atacada en su habitación, golpeada salvajemente con un larguero metálico de su cama y luego violada con la pata de la misma cama. Probablemente el atacante la dio por muerta pero sobrevivió, aunque con la mandíbula partida y graves lesiones internas que la tuvieron en coma 10 días. Además, las secuelas severas: sufrió un daño cerebral permanente. Cuando despertó esta estudiante de la Washington University no recordaba nada de su brutal paliza. Por tanto, no se pudo identificar al atacante.

Nada más acabar enero, desapareció otra chica. Se trataba de Lynda Ann Healy, de 21 años, una estudiante de psicología muy popular en la Washington University. Tenía el pelo largo y castaño, unos bonitos ojos azules y una sonrisa expresiva. Sus compañeros la describieron como una persona brillante, a quien le encantaba la fotografía (iba a todas partes con su cámara), con gran talento musical y que estaba siempre dispuesta a ayudar, por ello, a menudo trabajaba con niños discapacitados. Era una joven llena de vida y muy segura de sí misma.

Todos los días Lynda daba el parte meteorológico en la Northwest Ski Reports, una radio de Seattle con gran audiencia entre los esquiadores. Extrañamente, el viernes 1 de febrero, no se presentó a la emisora para hacer su informe matutino. Como siempre su despertador sonó a las 5:30 y, al ver que seguía sonando, Barbara Little, una compañera con quien compartía casa, fue a su habitación a apagarlo. El dormitorio estaba vacío y supuso que Lynda ya se había ido. Poco después, alguien de la radio llamó para preguntar por qué Lynda no había ido a trabajar. Aunque resultaba extraño, ninguna de sus compañeras se preocupó porque el día anterior había estado charlando con una de ellas hasta la medianoche y luego se fue a su habitación situada en la planta baja de la casa. Durante la noche nadie oyó ningún ruido. Sin embargo, aquel viernes tampoco la vieron en el campus, así que decidieron ponerse en contacto con la familia de Lynda que inmediatamente llamó a la policía.

Tras su desaparición, tanto sus compañeros de trabajo como su familia insistieron en que Lynda era una joven responsable y lo suficientemente sensata

como para no dejar todas sus actividades de la noche a la mañana sin previo aviso. Parecía evidente que no se había fugado, que no se había ido por propia voluntad.

Los medios de comunicación rápidamente se hicieron eco de este suceso, por lo misterioso que resultaba y porque, además, Lynda era conocida en la ciudad como «la chica del tiempo». El periódico The Seattle Times publicó la noticia el 4 de febrero de 1974 con el titular «Detectives se lanzan a la cacería tras la desaparición de una mujer». Ni siquiera podían imaginar que, nuevamente en Seattle, una joven había sido secuestrada, golpeada, asesinada y descuartizada...

Su caso no se relacionó con el de Joni Lenz, que había sido atacada en su propia habitación, ni tampoco con el asesinato de Katherine Merry Devine, que había ocurrido en unas circunstancias muy distintas.

Transcurrieron los días y, en marzo, se produjo una nueva desaparición, esta vez en Olympia. La víctima era Donna Gail Mason, de 19 años, una estudiante del Evergreen State College, una de las nuevas y modernas instituciones de la ciudad (fue inaugurada en 1967), que ofrecía estudios universitarios de arte. Donna fue vista por última vez 12 de marzo sobre las siete de la tarde, cuando se dirigía a un concierto de jazz en el propio campus universitario. Uno de sus compañeros recordó haberla visto hablar con un joven desconocido con el brazo escayolado.

Sin embargo, el estilo de vida de Donna era menos organizado que el de Lynda Ann Healy. Su asistencia a clases era irregular y tenía la costumbre de desaparecer durante días o incluso semanas. En varias ocasiones se había desplazado en autobús o haciendo autostop y viajado sin rumbo y sin avisar a la familia, amigos o compañeros de habitación. Esto explica que no se comunicase su desaparición a la policía hasta siete días más tarde, el 18 de marzo. La denuncia la hizo su amiga Deanna Ray.

A pesar de que estas desapariciones y ataques empezaban a resultar chocantes, aparentemente se trataba de casos que nada tenían que ver entre sí, ni por el procedimiento ni por la ciudad donde se cometieron. No obstante, todos ellos tuvieron lugar en un radio de 250-300 km. Fue dentro de este círculo imaginario que, el 17 de abril de 1974, desapareció otra muchacha: Susan Elaine Rancourt, una estudiante de biología de 18 años del Central Washington State College. Susan fue vista por última vez en los jardines de esta universidad de Ellensburg cuando se dirigía a una reunión para un posible trabajo en los dormitorios de la residencia de estudiantes.

Desde el principio, sus padres creyeron que había sido secuestrada porque «ella siempre fue una persona muy sensata, muy predecible», dijo su padre. Era una chica tímida que rara vez se aventuraba sola, pero al mismo tiempo era decidida y había estado trabajando y ahorrando para ir a la universidad.

Esta vez el Departamento de Policía de Washington ofreció un millón de dólares a quien pudiera aportar datos sobre su paradero. Los periódicos publicaron varios reportajes de su familia, que pedía insistentemente ayuda para encontrarla.

Era la tercera universitaria del estado de Washington que se «evaporaba» de un entorno conocido y seguro sin dejar rastro. Pero, aparte de ser universitarias, las tres vivían en localidades distintas y las oficinas de policía de las tres ciudades no estaban interconectadas ni compartían información, por lo cual resultaba difícil establecer relaciones entre los tres casos. Y el número de desapariciones fue aumentando...

La siguiente en la lista fue Brenda Joy Baker, de 14 años, que vivía en la pequeña localidad de Maple Valley. Tras infructuosas búsquedas, fue oficialmente considerada desaparecida el 25 de mayo de 1974. No se supo nada más de ella hasta el 17 de junio, cuando su cadáver fue hallado en avanzado estado de descomposición en el Parque Estatal de Millersylvania, una idílica reserva natural arbolada situada a pocos kilómetros de la Ruta Interestatal

número 5.

El jueves 20 de junio de 1974, el The Daily Chronicle publicaba: «Según un informe del Departamento del Sheriff del Condado de Thurston, la señorita Baker fue vista por última vez a unas cuatro calles de su residencia, presumiblemente, haciendo autostop en la autopista en dirección sur». Los forenses determinaron que su deceso pudo haberse producido a las 48 horas de su desaparición.

Según el mismo periódico, un portavoz del Departamento del Sheriff dijo que «no hay evidencias que señalen alguna conexión entre el caso Baker y el de Kathy Devine, de 15 años, Seattle, que fue encontrada asesinada en el Parque Estatal McKenney hace seis meses. Kathy Devine también hizo autostop en los alrededores de Seattle [...]. Además del asesinato de la señorita Devine, las autoridades del condado de Thurston todavía están investigando la desaparición de Donna G. Manson, de 19 años, que desapareció del Evergreen State College, Olympia, el 12 de marzo. Otras chicas universitarias desaparecidas son Linda Healy [...], Susan Rancort [...], y una alumna de la Universidad Estatal de Oregón, Roberta Parks, de 19 años, desaparecida desde el 6 de mayo. Se informó que todas las jóvenes desaparecieron repentinamente bajo circunstancias sospechosas. No se han encontrado pistas importantes en ninguno de los casos».

Esta vez el recuento del The Daily Chronicle ya incluye una chica desaparecida en otro estado, Roberta Parks, de Corvallis, Oregón. Curiosamente una ciudad situada a poco más de 400 km de Seattle... Y en el estado de Washington, las desapariciones de chicas siguieron engrosando la suma cada vez con menos días de diferencia entre caso y caso.

En los años 70 el autostop se había convertido en algo habitual entre los jóvenes. Además, este sistema de viaje había sido legalizado en 1972. Algo con lo que no estaba de acuerdo Bill Devine, el padre de Katherine Merry Devine, especialmente después de lo que le había sucedido a su hija. Devine, según

declaró a la prensa, creía que «debido a que era legal, [su hija Kathy] pensó que era seguro». Por ello, Bill y su hija Shellie, la hermana mayor de Kathy, iniciaron una campaña para restablecer la prohibición de hacer autostop en Washington. Las 86.000 firmas que reunieron no fueron suficientes.

Así pues, las jóvenes siguieron practicando el autostop, una forma de viajar barata, cómoda, divertida y simpática que, además, permitía hacer amigos. Nadie concebía la posibilidad de que subir al coche de una persona desconocida podía ser mortal. Y menos un «espíritu libre» —como la definieron sus amigos— como Brenda Carol Ball. Cuando la noche del 1 de junio de 1974 esta joven de 22 años comentó con ellos que quería ir a The Cove Sun Lake, un paraje natural situado al este del estado, y que emprendería el viaje «haciendo dedo», no suscitó ningún temor entre ellos.

Brenda fue vista por última vez después de esta conversación, saliendo a las dos de la madrugada del bar Flam de la ciudad de Burien, ubicada en el condado de King. Algunos testigos comentaron más tarde que la vieron en el aparcamiento del local hablando con un hombre que tenía un brazo en cabestrillo. La denuncia de la desaparición fue realizada 20 días después, al constatarse que nunca había llegado a su destino.

La lacerante primavera de 1974 en el estado de Washington se cerró con un nuevo caso. Diez días después del secuestro de Brenda Carol, Georgann Hawkins, de 18 años, siguió sus pasos. La chica, una estudiante brillante de la University of Washington en Seattle y miembro de la hermandad para mujeres Kappa Alpha Theta, se despidió de su novio que también vivía en el campus y se encaminó a su habitación para preparar su inminente examen de español. No hubo ningún testigo de sus últimos pasos y nunca llegó a su dormitorio. Al día siguiente por la mañana su compañera de habitación llamó a la policía de Seattle que, dadas las circunstancias, tomó medidas de inmediato.

A estas alturas la alerta ya se había extendido, especialmente entre las

universitarias. El curso acabó y cuando parecía que por fin las jóvenes podían respirar tranquilas, dos nuevas desapariciones volvieron a sorprender a la población. Esta vez tuvieron lugar a orillas de las plácidas aguas del Sammamish. Situado a 13 km al este de Seattle, este lago se había transformado en un área lúdica para la ciudad, que todos los fines de semana acogía un gran número de visitantes, desde familias que se reunían para hacer pícnics hasta deportistas que practicaban jogging, senderismo, ciclismo, natación, esquí acuático o pesca.

Fue precisamente un fin de semana el momento elegido por el delincuente para capturar a otra víctima. El domingo 14 julio de 1974 el parque del lago Sammamish estaba repleto de gente y, a pesar de ello, Janice Ann Ott fue secuestrada en pleno día a la vista de todos. Janice, una atractiva joven de 23 años, con una larga melena rubia, llamativos ojos verdes y de talante amable y servicial, había decidido dar una vuelta en bici por el parque. Antes de hacerlo dejó una nota a su compañera de piso diciendo que volvería a las cuatro. Nunca regresó.

Algunos testigos la vieron hablando con un hombre con un brazo en cabestrillo que le pedía ayuda para llevar algunos libros a su coche. El vehículo era un Volkswagen Escarabajo de color claro, presumiblemente, blanco o crema.

Para más regodeo, tres días después, Denise Marie Naslund, otra chica sorprendentemente atractiva, con una larga melena castaña y ojos oscuros, desapareció en el mismo parque. Denise, de 18 años, estudiaba informática y trabajaba para pagarse los estudios. Aquel día ella, su novio y otra pareja decidieron ir al lago para disfrutar de un radiante día de verano. La chica se separó del grupo para ir al baño. Sus amigos comenzaron a preocuparse al ver que tardaba mucho y empezaron a buscarla. Denise había traído a su perro y este apareció solo. No tardaron mucho en darse cuenta que estaban ante otro caso de desaparición.

Crece el temor

Cinco ciudades, dos asesinatos, siete jóvenes desparecidas, un asalto con severas consecuencias para la víctima y ningún sospechoso. La policía estaba desconcertada, pero nada relacionaba a las chicas entre sí. Solo se conocía el destino final de tres de ellas: el de Joni Lenz, que fue atacada en su propia habitación y quedó en un estado gravísimo; el de Katherine Merry Devine, cuyo cadáver había sido encontrado cerca de Olympia, y el de Brenda Joy Baker, cuyo cuerpo también fue hallado cerca de Olympia en avanzado estado de descomposición. En aquellos momentos, difícilmente se podían relacionar estos casos, porque los hechos habían ocurrido en circunstancias muy distintas y en ciudades diferentes.

El 7 agosto de 1974, The Daily Chronicle dio a conocer la lista de mujeres desaparecidas y, de alguna manera, puso en evidencia a la policía, cuya investigación hacía aguas: no se había podido interrogar a nadie, no había huellas ni pistas. Únicamente, familiares que reclamaban y amigas asustadas que no entendían qué podía estar pasando en ciudades supuestamente seguras que hasta ahora se vanagloriaban de su bajo índice de delincuencia. Algo fallaba en el sistema, y la comunicación, poco ágil y todavía menos fluida, entre la policía de las diversas ciudades empeoraba la situación.

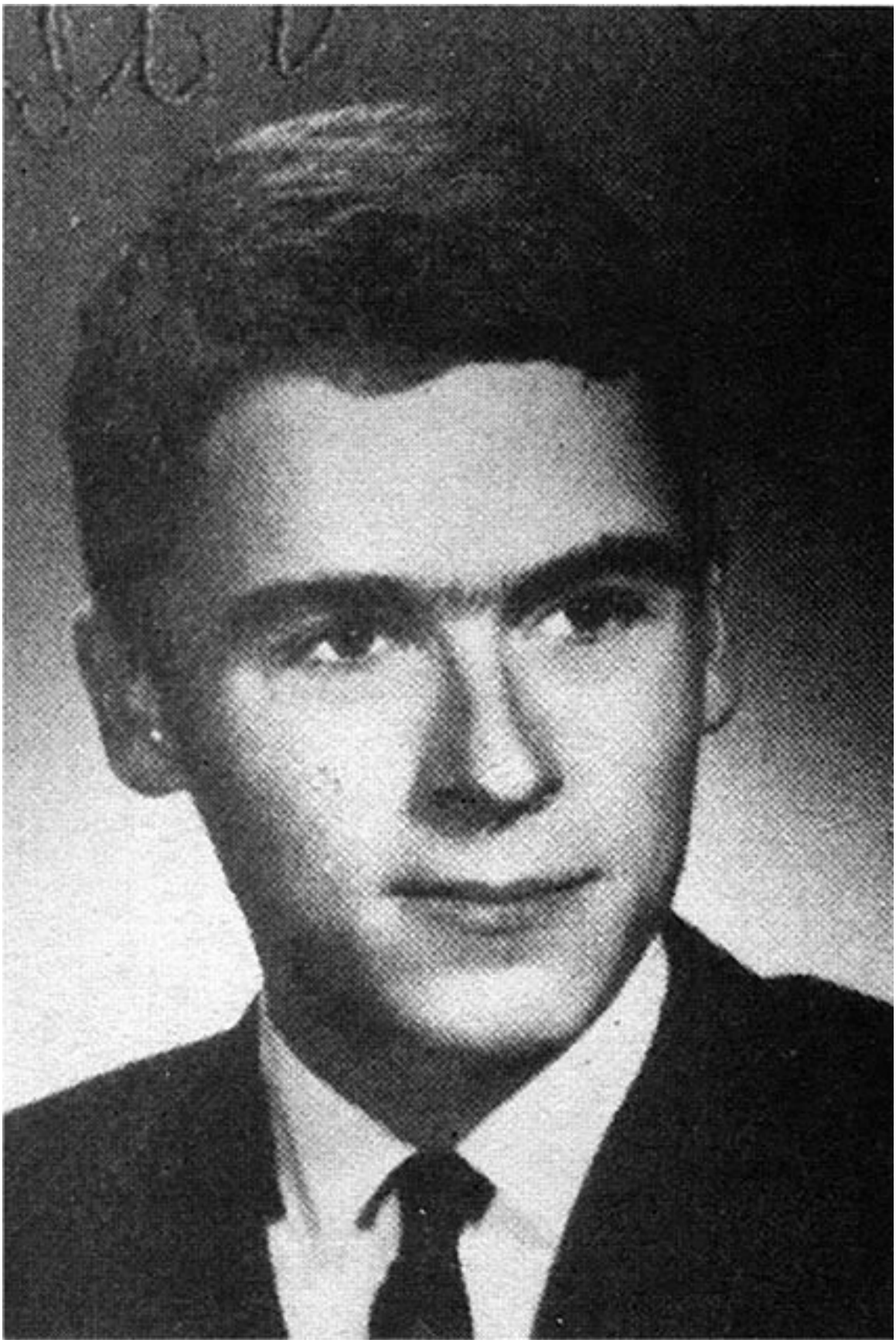
En este contexto, hubo un espectador privilegiado que, un año más tarde, aportaría datos esenciales para relacionar estos asesinatos y los que ya habían empezado a cometerse en algunos estados vecinos. Este espectador era Ward Lucas, un joven reportero de la KIRO-TV de Seattle, que en todo momento acompañó las investigaciones de la policía.

Aunque hoy nos parezca imposible, en aquellos años, los departamentos de policía de las distintas ciudades no tenían un protocolo de investigación ni compartían necesariamente sus casos. Eventualmente, cada departamento

resolvería «su» crimen o se elevaría la causa al FBI, cuya jurisdicción se extendía a todo el país. A esta dificultad se sumaba la escasa tecnología con que se contaba en la época en materia de comunicaciones: a pesar de que el fax aceleraba el intercambio de información, las búsquedas inmediatas que facilitan las redes y los móviles eran ciencia ficción. Tampoco se podía contar con el aporte científico: los análisis de ADN, que habrían sido de gran ayuda en esta investigación, recién se empezaron a realizar a partir de 1984.

Había, sin embargo, un hilo conductor muy fino, casi una corazonada de los investigadores: en los pocos casos en los que hubo testigos, se mencionaba a un hombre con un brazo escayolado o en cabestrillo. No era mucho, es cierto, pero era el único punto de intersección entre esas desapariciones.

Cuando la escala de terror estaba llegando a su punto álgido, de repente y ante la estupefacción de todos, las desapariciones cesaron. Sabían que otra chica había sido tragada por la tierra en el vecino estado de Oregón, lo que nadie sospechaba era que el asesino pronto empezaría a actuar en Utah.



Ted Bundy en una imagen del anuario del instituto, 1965.

El caso de Roberta K. Parks

El 17 de mayo de 1974 hubo otra víctima. Esta vez en Corvallis, Oregón. Si bien la desaparecida vivía en otro estado, la ciudad está situada a poco más de 400 km al sur de Seattle. Un viaje bastante rápido si se circula por la Interestatal 5. Se trataba de Roberta Kathleen Parks, una estudiante universitaria californiana de 20 años. Una amiga, Cherrell Smith, la vio salir de su habitación poco antes de las 11 de la noche, para de tomar su habitual cena tardía en la cafetería del campus. Luego, se detuvo a hablar con Lorraine Fargo, según atestiguó esta última. Fargo comentó que Parks estaba preocupada porque su padre había sufrido un ataque al corazón, aunque estaba estable y probablemente se recuperaría. También algunos estudiantes comentaron que un hombre con un brazo escayolado le pidió ayuda para subir algunas cosas a su coche… Después de esto nadie supo nada más de ella.

¿La desaparición de Roberta Kathleen Parks tenía alguna relación con las del estado de Washington? Si el asaltante era el mismo, ¿por qué había actuado en Corvallis? Esta última pregunta abría nuevos interrogantes. ¿Había hecho una incursión a otro estado para despistar a la policía, o simplemente estaba de paso por la ciudad? ¿Se sentía más protegido de la policía fuera de su terreno de caza habitual? ¿Sintió alguna vez el temor de ser detenido? Son interrogantes que nunca se pudieron esclarecer. Fuera por el temor de ser apresado o por otros motivos, el autor de aquellas desapariciones siguió perpetrando crímenes en otros escenarios.

Once ataques

Aunque fuentes con información posterior a esos años afirman que pudieron ser más las mujeres atacadas, en esta hipotética línea, hasta el verano de 1974, llegaban a 11. La policía aún no era capaz de describir un modus operandi ni un factor en común, más allá de la débil pista de un hombre con el brazo escayolado y de que la edad de chicas oscilaba entre 14 y 23 años de edad. Además, la mayoría de ellas eran guapas, tenían una larga melena dividida por una raya central.

Sin embargo, desaparición no presupone necesariamente un homicidio, y para los investigadores no hay asesinato sin la presencia de un cadáver. Mientras la policía intentaba dar con alguna pista para poner orden en la investigación, las mujeres jóvenes, especialmente las universitarias, empezaron a moverse en grupo y a temer por su seguridad.

El miedo y el misterio vivían agazapados en las sombras. Existía la posibilidad real y tangible de que se pudiera engrosar la lista de mujeres jóvenes desaparecidas para siempre. Y nadie era capaz de hacerse una idea de quién podía ser aquel individuo, o quizá aquellos individuos, que esperaban en algún lugar para dar un zarpazo feroz.

En un país donde por fin hombres y mujeres empezaban a vivir en condiciones de igualdad para estudiar, trabajar y relacionarse, alguien forzaba hasta el límite su deseo de infligir dolor y causar la muerte. Dos niñas descuartizadas y una joven violada con la pata de una cama no podían ser sino señas particulares de un agente monstruoso, de un misterio aún no revelado que desde las sombras aguardaba el momento de atacar.

Como en un cuadrilátero injusto, en una esquina, el depredador, que conocía a su presa al dedillo, se preparaba para un nuevo asalto; en la otra, una presa ciega e indefensa tendía su mano en busca de la ayuda equivocada.

En noviembre de 1973, uno de los asesinos más crueles del siglo xx apenas había iniciado una cacería selectiva y brutal; en 1974, había logrado desarrollar una técnica de ataque y una forma de actuar cada vez más perfecta. Un modus operandi que, a lo largo y ancho de distintos estados, se prolongaría durante 1975 y daría sus últimos coletazos en 1978.

Capítulo 3

Angustia

«Parecía el hijo del vecino y eso es lo que asusta. Porque si el hijo del vecino es un asesino en serie, eso significa que todos somos víctimas potenciales.»

Scott A. Bonn, sociólogo y criminólogo de la Universidad de Drew, en Madison, Nueva Jersey.

Avanzaba la década de los 70. Al noroeste de Estados Unidos, en el estado de Utah, la vida transcurría entre el tranquilo ritmo de las actividades rurales y el bullicio de las ciudades. El turismo era la principal fuente de ingresos, empujado por el reciente auge de los deportes de invierno así como el desarrollo y la fabricación de equipos electrónicos que, aún en ciernes, contribuía a la economía.

Para entonces, Utah era un estado muy poco poblado: algo más de un millón de habitantes se distribuía a lo largo y ancho 219.887 km2; en su mayoría, zonas despobladas.

Sin embargo, Salt Lake City, la capital del estado, ya era famosa: funcionaba allí el templo de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, con su imponente tabernáculo inaugurado en 1875, donde mormones de todo el mundo se daban cita tanto para congregarse, como para asistir a conferencias o presenciar las magistrales presentaciones del Coro del Tabernáculo.

Rodeando la capital, varias decenas de ciudades competían entre ellas por ser la más tranquila o la más próspera; todas conservaban el aire pueblerino de un paisaje de ensueño. Visitantes de todo el país y también extranjeros llegaban hasta allí para practicar deportes de montaña, disfrutar del aire gélido y puro y vivir lo que para muchos es la utopía mormona, lejos del alcohol y de otros vicios.

Allí y entonces, en el marco de una sociedad estrictamente conservadora, donde el arte y la educación ganaban el espacio público y los intereses de la población, una racha de desapariciones puso a Utah en alerta máxima.

El misterio crece

En Holladay, una población situada a unos 16 km de Salt Lake City, a mediados de los 70 todos se conocían. Entre las adolescentes, Nancy Wilcox, de 16 años, era una de las más populares. Además de ser una buena estudiante, asistía con su familia puntualmente a la iglesia y ocupaba su tiempo libre como animadora de los partidos de fútbol americano, junto a sus compañeras del instituto, el Olympus High School.

El 2 de octubre de 1974, sin embargo, no llevó a cabo ninguna de las actividades que tenía programadas. Nadie sabía dónde estaba. Fue vista por última vez cerca de su casa en Arnett Drive, en Holladay, cerca de un Volkswagen Escarabajo, como ya es de imaginar, color crema, conducido por un desconocido. Había salido a comprar un paquete de chicles, pero nunca regresó. Todavía hoy se ignora su destino final.

Al inicio, la policía la consideró una fugitiva, pero el tiempo les demostró que Nancy solo era la primera muchacha en desaparecer de Utah aquel año.

Efectivamente, aquel mismo mes tendrían ante sí un caso similar en la pequeñísima ciudad de Midvale, situada a pocos kilómetros de la capital del estado, por la Interestatal 15.

La policía de esta localidad normalmente apenas tenía que ocuparse de algunos hurtos y esporádicas riñas callejeras. Louis Smith, el sheriff local, se sentía orgulloso de no tener que figurar en el famoso mapa del delito. Todo siguió así hasta el fatídico 18 de octubre de 1974, cuando el horror hizo mella en el pueblo y en su propia familia. Aquel día, su hija Melissa pidió permiso para ir a una fiesta de pijamas. Nunca llegó. Algunos testigos creyeron haberla visto en una pizzería local, conversando con una amiga; otros la ubicaron a 7 km de su casa, en un restaurante cerca del centro comercial Fashion Place Mall de Murray.

Nueve días después, un cuerpo desnudo, con señales evidentes de haber sido violado, sodomizado y golpeado brutalmente fue encontrado en Summit Park, a 55 km de Midvale. En aquel hermoso paraje montañoso, donde las altas cumbres nevadas armonizan con frondosos bosques de abetos, prados y algún que otro lago, un ser despiadado decidió acabar, sin parpadear, con la vida de Melissa Smith, de tan solo 17 años.

Los días volaban para una desconcertada población que no daba crédito a lo sucedido. Apenas se estaban atando algunos cabos de los recientes casos, cuando desapareció otra joven: Laura Aimee, también de 17 años. Laura había dejado el instituto y hacia pequeños trabajos de media jornada. Desde hacía unos meses que vivía con unos amigos pero se comunicaba diariamente con sus padres. La noche de Halloween fue a una fiesta que se organizaban en Murray, la ciudad rodeada de montañas donde vivía.

Alrededor de la medianoche decidió marcharse, probablemente ya con unas copas de más en el cuerpo. Pasaron cuatro días sin que sus padres supieran nada de ella, por lo que decidieron dar parte a la policía. Su desaparición fue fechada el 31 de octubre de 1974. Su cuerpo desnudo fue hallado el 27 de noviembre, a orillas de uno de los tantos arroyos que serpentean por las montañas Wasatch, ubicadas entre Provo y Salt Lake City. Había sido estrangulada, violada y golpeada probablemente con una barra de hierro. Su rostro había sido cruelmente aporreado.

Un día clave

El 8 de noviembre de 1974 supuso una inflexión en la investigación de la policía porque por fin tenían a un testigo. En cambio, para el delincuente debió de ser un mal día. Probablemente estaba más alterado de lo normal porque, en un mismo día atacó a dos muchachas. La primera logró huir y, horas más tarde, la segunda, de apenas 17 años, sufrió su embate feroz, quizá más violento si cabe, tras el primer intento frustrado.

El 8 de noviembre fue un viernes lluvioso. Pasadas las 6 de la tarde, Carol DaRonch, de 18 años, salió de su casa para dar un paseo por el centro comercial de Murray. Allí se encontró con unos primos, hizo unas compras y, cuando estaba en la librería Waldens, fue abordada por un hombre joven, agradable y de buena presencia que se presentó como el oficial Roseland.

Le explicó que alguien había intentado robar su coche y le pidió que lo acompañara para cerciorarse de que no faltase nada. Carol no tenía motivos para sospechar del individuo y lo siguió hasta el aparcamiento, donde empezó a percibir que algo andaba mal. Aunque el automóvil de Carol no había sufrido daño alguno, su interlocutor insistió una y otra vez que debían ir a la oficina de la policía, porque tenían un sospechoso. Obligada por las circunstancias, lo acompañó hasta su Volkswagen Escarabajo sin imaginar lo que se avecinaba. Unos instantes más tarde estaba dentro del coche, forcejando con su secuestrador para zafarse de las esposas con las que intentaba sujetarla al interior del vehículo. El hombre, además de oler a alcohol, tenía un arma. Aun presa del terror, Carol pudo empujar con todas sus fuerzas a su atacante, salir del coche en marcha y correr por la carretera, donde una pareja que pasaba por allí la ayudó y la llevó a la jefatura de policía. Hasta aquel momento, era la única superviviente conocida. Pero el día era largo y su asaltante buscaría otra presa.

Top TEN.

Entered NCIC

I. O. 4775
1-31-78

INTERSTATE FLIGHT - MURDER

WANTED BY FBI

THEODORE ROBERT BUNDY

FBI No. 251,163 P2

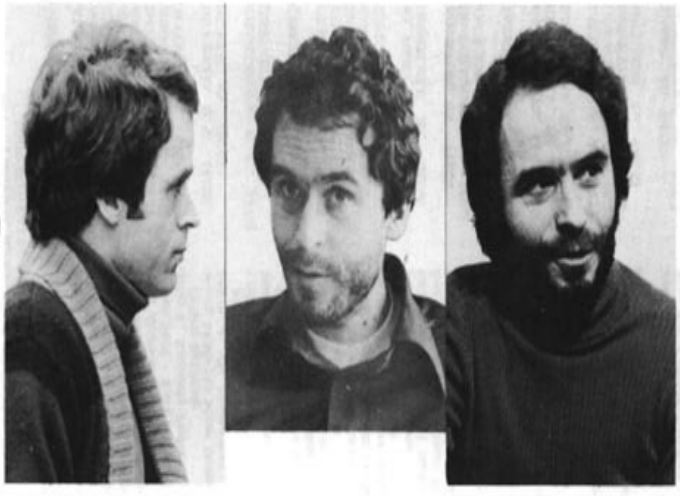
4 I 1 R III 11
L 17 U 011

ALIASES: Rex Bundy, Ted Bundy, Ted Cowell, Theodore Robert Cowell, Theodore Robert Nelson, Bundy

NCIC: PI540813111912051113



Photographs taken 1977



DESCRIPTION

AGE: 31, born November 24, 1946, Burlington, Vermont (not supported by birth records)
HEIGHT: 5'11" to 6'
WEIGHT: 145 to 175 pounds
HAIR: dark brown, collar length
BUILD: slender, athletic
EYES: blue
COMPLEXION: pale/sallow
RACE: white
NATIONALITY: American
OCCUPATIONS: bellboy, busboy, cook's helper, dishwasher, janitor, law school student, office worker, political campaign worker, psychiatric social worker, salesman, security guard
SCARS AND MARKS: mole on neck, scar on scalp
REMARKS: occasionally stammers when nervous, may wear glasses; false [illegible] and beard as disguise in past; left-handed; can imitate British accent; reportedly physical fitness and [illegible]
SOCIAL SECURITY NUMBER USED: [illegible]

CRIMINAL RECORD

Bundy has been convicted of aggravated kidnaping.

CAUTION

BUNDY, A COLLEGE EDUCATED [illegible] FITNESS ENTHUSIAST WITH A PRIOR HISTORY OF ESCAPE, IS BEING SOUGHT AS A PRISON ESCAPEE AFTER BEING CONVICTED OF KIDNAPING AND WHILE AWAITING TRIAL INVOLVING BRUTAL SEX SLAYING OF WOMAN AT SKI RESORT. HE SHOULD BE CONSIDERED ARMED, DANGEROUS AND AN ESCAPE RISK.

A Federal warrant was issued on January 5, 1978, at Denver, Colorado, charging Bundy with unlawful interstate flight to avoid prosecution for the crime of murder (Title 18, U. S. Code, Section 1073).

IF YOU HAVE INFORMATION CONCERNING THIS PERSON, PLEASE CONTACT YOUR LOCAL FBI OFFICE. TELEPHONE NUMBERS AND ADDRESSES OF ALL FBI OFFICES LISTED ON BACK.

C. M. Kelley

Director
Federal Bureau of Investigation
Washington, D. C. 20535

Identification Order 4775
January 31, 1978

57 MAR 2 1978

NOT RECORDED
21 FEB 2 1978

La información que poseía el FBI sobre el asesino más buscado: Theodore Robert Bundy.

Eran poco más de las nueve de la noche cuando, a 29 km de Murray, aquel mismo viernes, otra chica estaba a punto de desaparecer en Bountiful. Debra Kent, de 17 años, había ido a ver una obra de teatro escolar junto a su madre y, en el entreacto, salió para ir a buscar a su hermano Blair, de diez años, que había ido a patinar con unos amigos. No regresó; nadie supo explicar qué había pasado. Un mes después, un hombre recordó haberla visto a bordo de un Volkswagen Escarabajo color crema, que salía a toda velocidad del Viewmont High School de Bountiful.

Menos de media hora de camino separan las ciudades de Murray y Bountiful; sin embargo, los investigadores no asociaron el ya famoso Volkswagen con el secuestro reiterado de mujeres. De hecho, casi al mismo tiempo que Carol intentaba reponerse del susto y se disponía a contarlo a la policía, Debra estaba siendo secuestrada.

Primera pista

Aun al cazador más experimentado puede escapársele una presa. Y eso es justamente lo que pasó con Carol DaRonch: en un descuido —para el asaltante, inconcebible— fue capaz de zafarse y huir. Sobrevivió, y su testimonio fue la base de la investigación que asoció entre sí, aunque al principio de manera muy endeble, las desapariciones ocurridas durante un año.

Después de tantas víctimas, por fin pudo esbozarse un retrato robot: Carol grabó para siempre el rostro de un hombre joven y guapo que, con una excusa que

parecía creíble, intentó secuestrarla. Y la policía descubrió así un modus operandi: valiéndose de su sex appeal y una buena educación, ese mismo hombre se acercaba a mujeres jóvenes y, sin forzarlas, las llevaba hasta su coche, un Volkswagen Escarabajo color crema, y las conminaba a subir para luego violarlas y matarlas.

Sin embargo, la información recabada por la policía no ayudó a Susan Curtis, de 15 años, que fue vista por última vez el 27 de junio de 1975. Se había inscrito en la Conferencia Juvenil Bountiful Orchard, en la Brigham Young University de Provo, pero solo acudió a la primera de las dos jornadas que duraba el encuentro. Aunque solía ausentarse de su casa durante algún tiempo sin advertir a sus padres, su inasistencia al evento fue rápidamente tenida en cuenta. Al acabar la primera cena en Provo, un banquete formal en el Centro de Estudiantes Wilkinson, Sue les dijo a sus amigos que iba a su dormitorio a lavarse los dientes.

En medio de la noche, la joven, de cabello oscuro, cuerpo atlético y ajustado vestido amarillo, desapareció. Los investigadores aseguraron que nunca llegó a su habitación, el cepillo de dientes estaba seco.

Un rostro sin nombre

A finales de noviembre de 1974, el retrato robot del hombre que intentó secuestrar a Carol DaRonch estaba en todas las dependencias policiales. Pero, después de la desaparición de Debra Kent, con la que no fue relacionado inmediatamente, pasaron siete meses hasta que el depredador atacó de nuevo, al menos en Utah.

Un hombre solitario se movía de un estado a otro dejando tras de sí un evidente rastro de dolor, vejación y muerte, que sin embargo aún nadie alcanzaba a ver.

Tras su paso, se abrían decenas de expedientes con denuncias: los familiares de las víctimas querían encontrar a sus chicas.

Capítulo 4

Pánico

«Es peligroso envolver a los asesinatos de T. B. con un aire de romanticismo y mitología. Entre su carisma y leyenda se pierde la noción de lo despiadados que fueron sus crímenes. Porque fueron muertes muy salvajes.»

Rebecca Morris, escritora, autora de Ted and Ann, The Mystery of a Missing Child and Her Neighbor Ted Bundy.

La retahíla de desapariciones señalaba una orientación geográfica: sudeste. Quizá, con algunas idas y vueltas, el responsable de los crímenes huía en una dirección y, mientras esto sucedía, los expedientes se amontonaban. La policía aún no reaccionaba. Eran relativamente pocos los cuerpos que habían aparecido, por lo que mantenía la búsqueda de mujeres vivas.

En ese contexto aletargado de confusión, los datos eran escasos y provenían de una sola fuente: Carol DaRonch. Ella había estado en el Volkswagen color crema y se había visto cara a cara con el secuestrador. Lo demás eran conjeturas y sospechas.

Las mujeres desaparecidas tenían entre 14 y 23 años, eran en su mayoría estudiantes universitarias, de raza blanca y, cuando se observaban en conjunto, todas tenían un aspecto similar: cabello largo color castaño, ojos y boca grandes, una bonita sonrisa. Yendo al detalle: muchas de ellas se peinaban con raya al medio.

Para 1975, las noticias de las desapariciones ya se habían extendido. Aunque cada estado tenía su policía y sus leyes —hasta el punto de existir la extradición entre ellos— y obviamente sus medios de comunicación, la noticia había logrado expandirse más allá de esas fronteras.

Colorado, territorio virgen

Washington y Utah estaban en alerta; muchas estudiantes habían cambiado el hábito de moverse solas y preferían hacerlo en pequeños grupos. Ante la menor sospecha al ver a un desconocido merodeando una zona, las personas llamaban de inmediato a la policía o se cuidaban mutuamente. Pero el culpable de tanto recaudo ya estaba lejos.

Los orígenes del estado de Colorado se remontan a los colonizadores españoles, y no fue incorporado a Estados Unidos hasta 1848 por el Tratado de Guadalupe Hidalgo. Dividido en dos por la cadena de las Rocosas, el estado contaba con casi tres millones de habitantes a mediados de los 70. Si alguna cosa le daba fama, eran sus ranchos donde se explotaba la ganadería y sus paisajes agrestes. Las actividades rurales marcaban el ritmo de las pequeñas y grandes ciudades del estado: siembra, cosecha, cría, destete, semillas, forraje… Todo ello formaba parte de un devenir tranquilo, rutinario y especialmente seguro. Nadie estaba a la espera de nada que pudiera romper salvajemente esa paz... hasta enero de 1975.

En plena época de esquí, muchos forasteros se reunían en hoteles a pie de pistas. Como Caryn Campbell, una enfermera de 23 años, su prometido, el Dr. Raymond Gadowski, y los dos hijos de este. Habían decidido pasar un fin de semana en la alta montaña, en Aspen. Era la excusa perfecta para soñar con formar una nueva familia, conectar con los niños y descansar en pareja. El domingo 12 de enero, por la mañana, mientras se preparaban para las actividades del día en uno de los salones del hotel Wildwood Inn, Caryn fue a buscar una revista a la habitación, ubicada en el segundo piso.

La vieron tomar el ascensor, pero no dejó señales de haber entrado en su habitación. Al cabo de un rato de esperarla y viendo que se retrasaba, su novio

Raymond subió a buscarla y, al no encontrarla, advirtió de su ausencia al personal del hotel. Eran las diez y media de la mañana. Las 140 habitaciones fueron revisadas varias veces hasta el último rincón, y nada. Más de 100 personas, entre el personal del hotel, voluntarios y policías, la buscaron infructuosamente tanto en el enorme establecimiento como en los alrededores. Caryn se había desvanecido sin dejar ningún rastro.

Hasta un mes más tarde no se supo de ella. Pero era demasiado tarde. A pocos kilómetros del hotel, un obrero encontró su cuerpo desnudo en la nieve; otras versiones dicen que fue una guía turística quien lo hizo, lo que no cambia los hechos. Caryn había sido brutalmente golpeada con algo pesado y afilado, tanto que un solo golpe fue capaz de arrancarle algunos dientes, y tenía signos de violación. Su muerte, se especuló, se produjo finalmente por lesiones aplastantes, aunque no se pudo determinar mucho más por el avanzado estado de descomposición del cuerpo, malogrado ya por la acción de animales carroñeros.

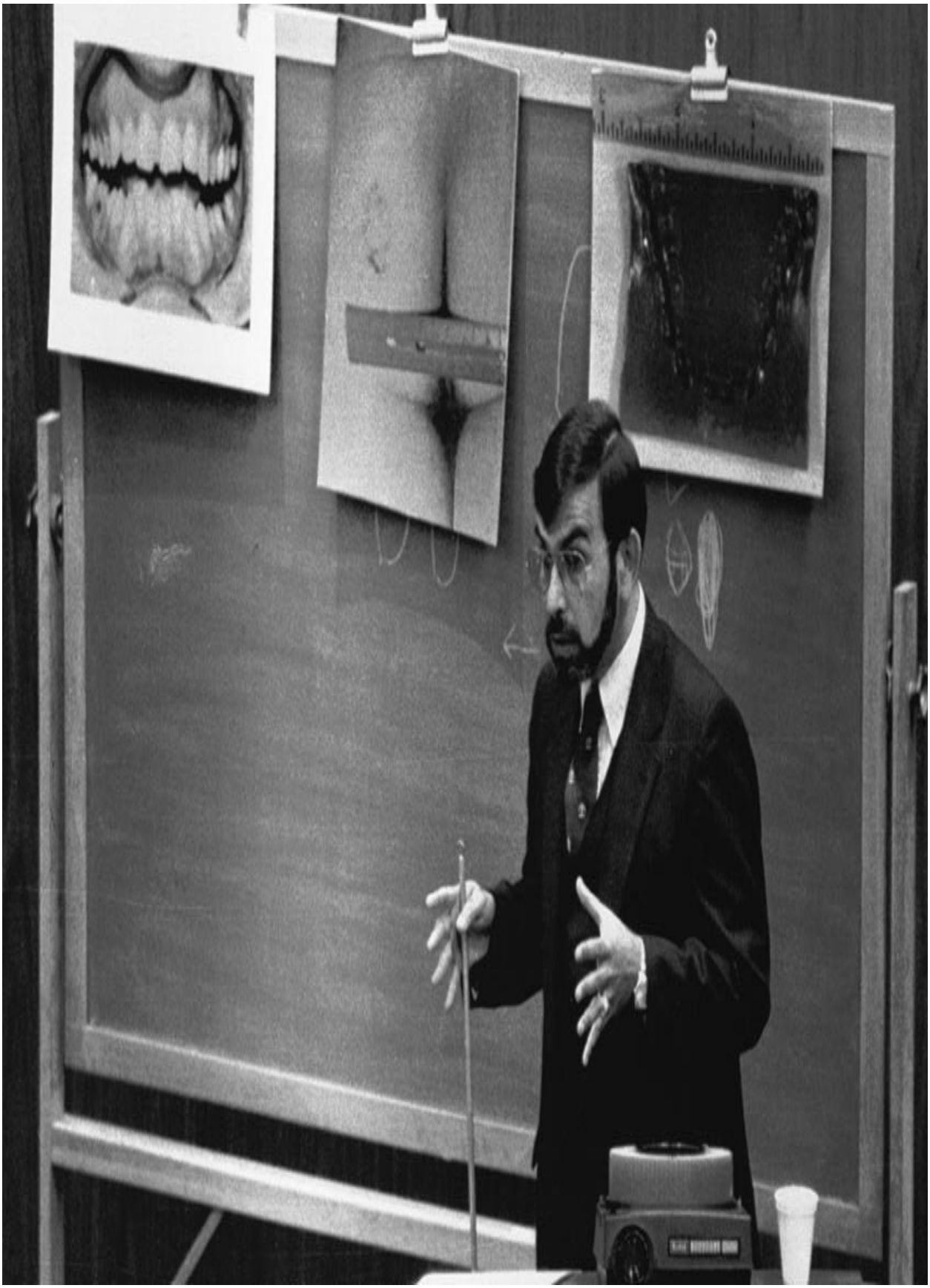
A dos horas de camino desde Aspen, al otro lado del macizo de montes y lagos increíblemente azules, queda Vail, un centro turístico fundado en 1962, donde a mediados de los 70 vivían de manera permanente apenas un puñado de personas. Una de ellas era la instructora de esquí Julie Cunningham. El 15 de marzo de 1975, Julie salió de su apartamento, en el entonces nuevo y coqueto complejo de viviendas Apollo Park, con la intención de tomar una copa en un bar cercano. Llevaba chaqueta marrón, vaqueros azules, botas y gorro. Nunca más se supo de ella.

Apenas había terminado la búsqueda de Julie Cunningham y su expediente había sido archivado entre los casos sin resolver, cuando se produjo otra desaparición. Denise Oliverson, de 25 años, salió en bicicleta de su casa en el número 1619 de Laveta Street, en Grand Junction, camino a la de sus padres. Algunas versiones sugieren que acababa de discutir con su esposo y que había salido sin rumbo fijo, y otras que, efectivamente, iba a visitar a su familia; era el domingo 6 de abril de 1975. Lo cierto es que nunca llegó ni volvió a su casa. Llevaba una blusa estampada verde de manga larga y vaqueros oscuros.

El grupo de búsqueda, al día siguiente, encontró sus zapatillas y la bicicleta debajo del puente de Fifth Street, cerca de las vías del tren. Quizá, para aliviarse un poco la culpa o para enredar más a la policía, 14 años más tarde, el asesino confesó haber arrojado un cuerpo al río, por esas fechas, 8 km al oeste de Grand Junction. Se comprobó su versión, pero el cuerpo jamás apareció. La declaración tiene tantas posibilidades de ser verdadera como falsa.

Sea como fuere, el criminal siguió su ruta hasta Nederland, poco más que una aldea a mediados de los años 70. Otro destino aparentemente seguro para su población. Allí vivía y estudiaba Melanie Suzanne Cooley, o Suzy, como la llamaban sus amigos; todos la conocían. El 15 de abril de 1975, al salir de Nederland High School, instituto al que asistía, esta joven de 18 años decidió hacer autostop en lugar de regresar a su casa a pie. Esa fue la última vez que la vieron. Vestía vaqueros, botas color tostado y chaqueta azul con un águila bordada en la espalda.

Las versiones que se conocieron después no coinciden: algunos aseguran que fue encontrada muerta el 23 de abril por un obrero de carreteras y otros, que el hallazgo se produjo el 2 de mayo en el Coal Creek Canyon, en Colorado. En lo que sí coinciden ambas versiones es en que su cabeza fue repetidamente golpeada con un elemento contundente, posiblemente una roca. Aún en la actualidad, si se busca información sobre el caso, debajo de la ficha policial con los datos de su desaparición, aparece la leyenda: «Cualquier persona con información sobre este caso debe comunicarse con la Oficina del Sheriff del Condado de Jefferson».



Gracias a la presentación del Dr. Richard Souviron, el Dr. Lowell Levine, odontólogo forense, demuestra en la corte que la mordida hallada en el cuerpo de Lisa Levy pertenece a Bundy.

Lamentablemente, Suzy no sería la última víctima, todavía otra joven caería en las garras del depredador: Shelley Robertson, de 24 años. Shelley era una mujer soñadora y aventurera. Después de terminar la educación secundaria, estuvo en una misión cristiana en México durante un año y más tarde viajó a Canadá, donde trabajó envasando pescado. En 1975 había programado recorrer el país haciendo autostop.

Entre el 29 de junio y el 1 de julio fue vista por última vez, conversando con un hombre que conducía un viejo camión, en una estación de servicio. Su cuerpo fue encontrado a finales de agosto (unas versiones indican que fue el día 21 y otras el 24) en el socavón de una mina, a 30 m de la entrada, cerca de un paso de montaña conocido como Berthoud Pass, a 46 km de Georgetown, Colorado.

Recuerdos que se escurren

Son las memorias de esas mujeres de Colorado, de las chicas secuestradas, violadas y posteriormente abandonadas, de las que menos datos precisos se encontraron. Muchos de los registros, a fuerza de transcripciones en diferentes medios o de pasajes del primigenio sistema de fichas de papel a la actual digitalización, por descuido o mala suerte, tienen fechas ligeramente distintas o fuentes no del todo claras.

Tampoco fue de ayuda la posterior declaración del asesino; su memoria también se entregó a la tarea de confundir víctimas, lugares y fechas. Inequívocamente,

estas desapariciones tienen la firma fatal de Ted Bundy, aunque los registros no fueron todo lo minuciosos que sería de esperar.

Capítulo 5

Repelús

«Ted Bundy fue un sociópata sádico que se complacía con el dolor de otro humano y el control que tenía sobre sus víctimas, hasta el punto de la muerte e incluso después.»

Ann Rule, excompañera de trabajo del asesino, escritora y autora de The Stranger Beside Me, una de las más populares biografías de Ted Bundy.

El sábado 1 de marzo de 1975, las condiciones climáticas en el estado de Washington eran inmejorables: el crudo invierno empezaba a ceder y, poco a poco, el verdear de la próxima primavera animaba a disfrutar del aire puro. Con espíritu de aventura, unos jóvenes excursionistas partieron hacia los bosques que cubrían las laderas del macizo Taylor.

A medio camino, en un sector conocido como La Senda de los Amantes, uno de los excursionistas, quizá alejándose apenas un poco del sendero, realizó el hallazgo de su vida: un cráneo completo y, sin duda, humano. Ese sorprendente descubrimiento constituyó, en plena oleada de desapariciones, la punta de un ovillo macabro. La excursión terminó con todo el grupo declarando en la policía, y aquel primer hallazgo derivó en búsquedas más exhaustivas por parte de rastreadores y también curiosos que, llevados por la noticia o por el morbo, se hicieron presentes en el lugar.

El cráneo hallado por el excursionista era de Brenda Ball, quien había desaparecido misteriosamente nueve meses antes cuando salía del bar Flam de Burien, en su Seattle natal. Su sueño de ir hasta The Cove Sun Lake haciendo autostop fue brutalmente destrozado pocos kilómetros más allá de su ciudad.

Un cráneo, solo el principio

Tras el macabro hallazgo, todo el departamento de policía se consagró a la búsqueda en la zona. El terreno fue examinado al milímetro y, como si se hubiera cansado de guardar el horrible secreto, la tierra apenas removida en algunos lugares puso al descubierto más restos humanos. Algunos incluso estaban a ras de la superficie, sin el menor cuidado para preservarlos o esconderlos.

En La Senda de los Amantes afloraron otros cadáveres: el de Lynda Healy, la chica que trabajaba en una radio haciendo la previsión del tiempo, vista por última vez el 31 de enero de 1974; el de Susan Rancourt, quien desapareció de los jardines del Central Washington State College de Ellensburg, donde estudiaba; y el de Roberta Parks, que fue secuestrada en el vecino estado de Oregón y trasladada hacia allí.

Exámenes posteriores confirmaron que, en un radio de pocos metros, aparecieron también fragmentos óseos de Dona Mason, quien fue abordada por un desconocido en el campus del Evergreen State College el 12 de marzo de 1974; así como de Janice Ott y Denise Naslund, ambas secuestradas en los alrededores del lago Sammamish, con dos días de diferencia, a mediados de julio de 1974.

El retrato robot se hace público

Aquel pequeño osario en medio del bosque, que ya había sido presa de los animales salvajes, no iba a ser suficiente para dar con el culpable. En aquel entonces no se contaba con la posibilidad de hacer un reconocimiento por ADN, por lo que los forenses debieron realizar una tarea titánica: identificar seis muestras óseas de cinco mujeres asesinadas en Washington de un año a esa parte y una sexta que había desaparecido en el vecino estado de Oregón.

Pero, por pequeñas que fueran las pistas, era algo. Existía un modus operandi revelado en parte por Carol DaRonch: la captación de la víctima, posterior sometimiento, secuestro, violación y muerte. Faltaban piezas y faltaba un sospechoso firme; pero lo que el reciente descubrimiento puso en evidencia era qué hacía con los cuerpos.

Entonces, sí, la policía inició por fin la búsqueda de un asesino. Aquel intento frustrado de secuestro generó un primer dibujo, un esbozo del rostro del asesino; pero, claro, no se podía generalizar. Con todo, ya era algo; aquel retrato robot ponía rasgos por primera vez a una cara concreta que, además de coincidir con la versión de Carol, era secundada por todos los testigos.

Llamada delatora

La imagen del retrato robot fue publicada en todos los medios gráficos y de ella también se hizo eco la televisión. Un dibujo ponía cara al asesino, su rostro de frente y perfil ya no era un enigma. Pero ¿quién era?

Ponerle nombre a esa cara era el objetivo primordial de la investigación. Ese rostro tenía seguramente amigos, familia, vecinos que podían reconocerlo y un lugar donde hacía las compras. Alguien en Washington, Utah u Oregón debía haberlo visto alguna vez.

Y esa persona capaz de identificarlo tenía nombre y apellido: se llamaba Elizabeth Kloepfer y era, ni más ni menos, que su novia. Pero no fue ella quien reconoció al hombre del retrato robot, sino su mejor amiga, quien le mostró el periódico y le dejó ver lo parecido del dibujo policial con la cara de su pareja.

Es de imaginar que no fue una revelación fácil de admitir para Liz, como la llamaban los amigos. El hombre de quien estaba enamorada, con quien compartía sus sueños y parcialmente la crianza de su pequeña hija estaba involucrado, no ya en un delito simple, sino en una larga lista de acusaciones, que iban del secuestro a la muerte, pasando por la violencia sexual.

¿Quién podía creer que aquel novio dedicado y cariñoso fuera capaz de violar a una mujer con la pata de una cama? ¿O de golpear a otra con una piedra hasta matarla? Ni siquiera su complexión física se prestaba a pensar que se trataba de un hombre con la suficiente fuerza como para acarrear un bulto relativamente pesado a través de un bosque.

Liz debió de sufrir con estas cavilaciones seguramente durante varios días, hasta que decidió llamar a la policía. No es difícil suponer que llamó y cortó varias veces, hasta que finalmente un hilo de voz entrecortada comenzó a relatar lo que sabía. Tras asegurarse de que su llamada sería anónima y de que nada la inculparía, hizo saber a su interlocutor que el retrato robot que era de público conocimiento se ajustaba perfectamente al rostro de Ted Bundy, o mejor dicho, de Theodore Robert Cowell Bundy.

¡Estaba hecho! Aquello que su conciencia le había recriminado, las veces que las actitudes de su adorado Ted la habían confundido y hasta el asombro al verlo dibujado en el diario habían dado por resultado, a la postre, la identificación del asesino.

Lamentablemente, sin embargo, la hipótesis que señalaba a Ted Bundy como el feminicida fue prematuramente descartada, porque algunos testigos no pudieron asociar la imagen que recordaban borrosamente del secuestrador con las que se barajaban en ese momento.

Sí, no había lugar a dudas. Además de una persona a todas luces inteligente, de buena educación y presencia, Bundy podía ser camaleónico. Su aspecto personal parecía amoldarse a todas las situaciones. Barba entera apenas crecida, barba tupida, cara con bigote o cabeza afeitada al ras unas veces o con un cabello largo y peinado otras, o con rizos naturales, o semicorto, o cortísimo. Todo daba como resultado un buen número de rostros que fácilmente podían confundir a un observador eventual puesto a recordar un suceso acaecido hacía tiempo y al que no había prestado mucha atención.

Un paso adelante

A pesar de tener un retrato robot ajustado y un nombre, el secuestrador no aparecía. Ni se soñaba entonces con el proceso de datos, ni cámaras en todos lados, ni mensajería instantánea. Se podía decir literal y metafóricamente que la policía «andaba a tientas» y que la única posibilidad de atraparlo era estar atento a cada cara, a cada actitud sospechosa y también a cada automóvil Volkswagen Escarabajo de color crema, que en ese momento se encontraba en el punto de mira.

Varios estados lo buscaban ya de manera mancomunada. En Colorado, sin embargo, las desapariciones acababan de empezar y, de alguna manera, recomenzaba la cacería.

Capítulo 6

Sorpresa

«Nunca sé bien con quién estoy lidiando. Son tan amistosos, amables, solícitos cuando empezamos a trabajar… son encantadores, casi increíblemente encantadores, tan carismáticos como Cary Grant o George Clooney.»

Helen Morrison, psiquiatra forense, autora del libro Mi vida entre asesinos en serie.

Por camaleónico, porque no permanecía mucho tiempo en un solo lugar o porque de alguna forma la suerte lo acompañaba, Ted Bundy seguía libre. Sin embargo, esta trama, que tiene todos los ingredientes de un film macabro, supera la ficción para instalarse en una realidad difícil de abarcar con palabras.

Aunque se registran en la historia casos de personas capaces de asesinar sistemáticamente a muchas otras, no fue hasta los años 70 cuando el criminalista norteamericano Robert Kenneth Ressler acuñó el término asesino en serie para definir a aquella persona capaz «de cometer tres o más asesinatos durante un extenso período con un lapso de enfriamiento entre cada crimen».

A mediados de 1975, Bundy había regresado por una breve temporada a Utah. El 16 de agosto, de madrugada, merodeaba sin rumbo fijo con su coche por Granger, en las afueras de Salt Lake City, cuando su errática conducción llamó la atención de la policía. A la voz de alto, su primera reacción fue escapar, pero entendiendo, seguramente, que huir complicaría las cosas, detuvo el vehículo e intentó confundir con sus palabras al oficial, argumentando que se había asustado al ser perseguido por el coche de la policía.

El oficial de la patrulla de carreteras de Utah Bob Hayward no sospechó aquella mañana que su nombre iba a pasar a la historia. Al acercarse al coche, notó que

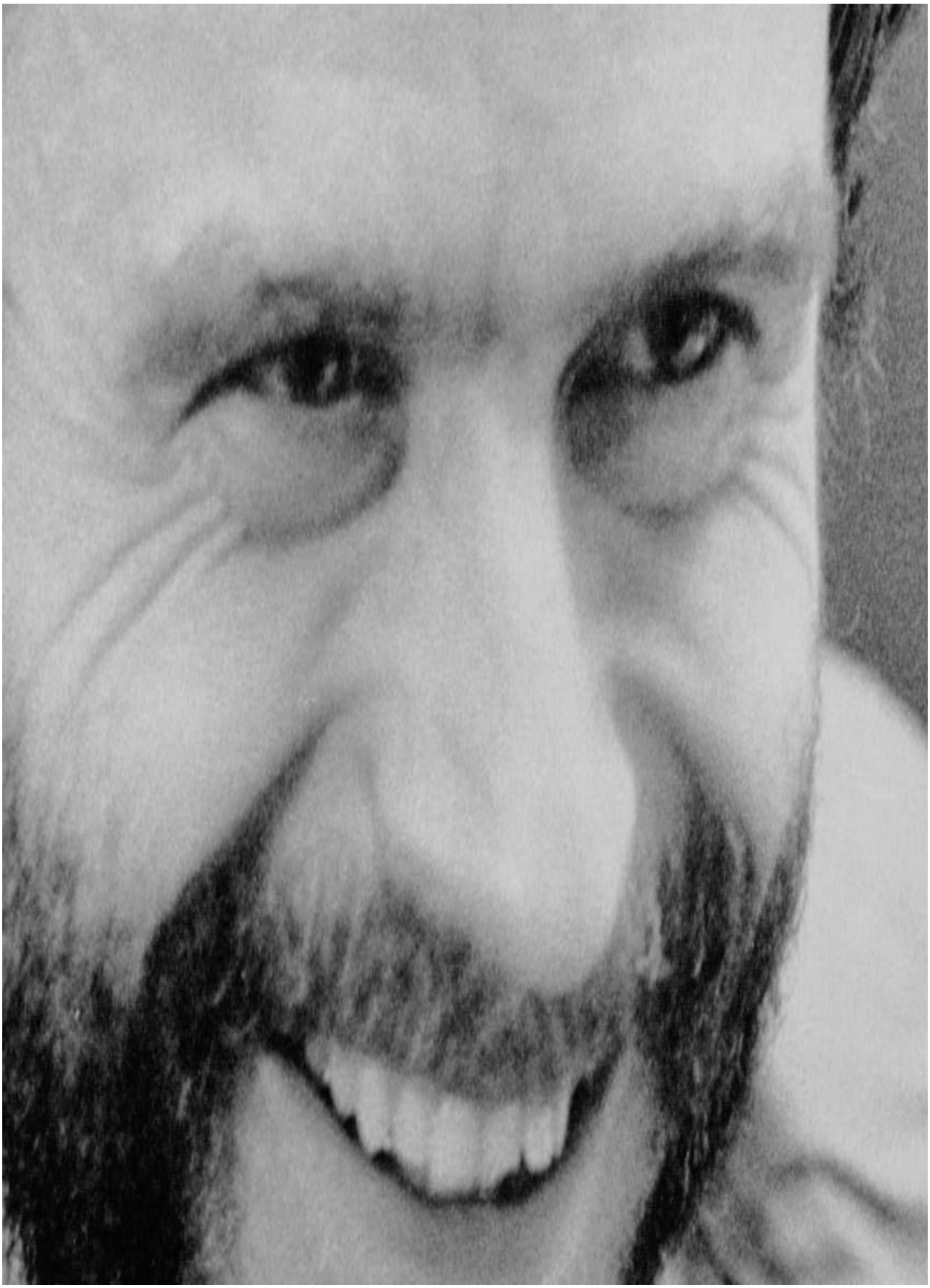
el asiento del acompañante no estaba en su lugar y pensó en llevar su pesquisa un poco más allá. El registro del Volkswagen Escarabajo puso de manifiesto, al menos, que su propietario reunía evidencias suficientes como para ser detenido y comprobar sus antecedentes.

Además del asiento delantero tirado sin más sobre los traseros, el oficial Hayward encontró un pasamontañas, una suerte de máscara hecha con unas medias, bolsas de basura, un rollo de cuerda, esposas, una vara de hierro que podía servir como palanca y un picahielo.

Ya en las dependencias policiales, la justificación de para qué utilizaba o llevaba tales artículos en su automóvil superó la propia inventiva de Bundy. Intentó explicar que esquiaba y de ahí la presencia del pasamontañas; dijo que las esposas las había encontrado en la basura y que los demás artículos eran comunes en cualquier hogar. Es probable. Pero la conjunción de todos ellos hacía sospechar que eran las herramientas de un ladrón. Fue entonces cuando Jerry Thompson, el detective a cargo del primer interrogatorio, recordó el caso de Carol DaRonch.

Como la luz de un relámpago en una noche cerrada, la escena se iluminó en su mente: las esposas, el Volkswagen Escarabajo claro, la descripción del secuestrador y, para completarlo, el nombre que, aunque estaba en la lista de sospechosos, había sido descartado: Theodore Bundy.

Casi nueve meses habían pasado desde que la policía había oído por primera vez aquel nombre, a raíz de la llamada de Liz Kloepfer en diciembre del 74, pero era la primera vez que el sospechoso se encontraba cara a cara con las autoridades.



Esta fotografía ampliada de Ted Bundy muestra que su incisivo frontal izquierdo estaba roto, una prueba contundente de su culpabilidad, fechada en agosto de 1977.

Cuando la policía registró el apartamento de Bundy, aparecieron más partes del casi infinito rompecabezas: una guía de los centros de esquí de Colorado con una marca en Wildwood Inn, donde había desparecido el 12 de enero de 1975 Caryn Campbell y, también, un folleto del Viewmont High School en Bountiful, donde Debra Kent había sido secuestrada.

A pesar de todo, el folleto de una escuela, un mapa señalado, o incluso, un picahielo en un baúl no convierten a una persona en asesina. Faltaban más pruebas y por supuesto el reconocimiento de la única víctima superviviente. La policía de Salt Lake City dejó libre a Bundy pero bajo estricta vigilancia las 24 horas del día, mientras el detective Thompson viajó hasta Seattle junto a dos colegas para entrevistar a su novia.

Kloepfer, reacia al principio e incrédula ante todo lo que estaba sucediendo, contó a los investigadores que había encontrado algunos elementos propiedad de Ted que no entendía para qué los quería. Y recordó unas muletas, un cabestrillo, una bolsa de escayola en polvo y un cuchillo que no guardaba, como el resto de personas, en la cocina.

Pero había todavía más, Ted tenía guantes desechables de tipo quirúrgico, una bolsa llena de ropa de mujer y una caja de madera que guardaba habitualmente en la guantera, con un peligroso cuchillo de estilo oriental. Para completarlo, la chica admitió que Bundy vivía permanentemente endeudado y añadió que, suponía, había robado casi todo lo que poseía de valor.

En aquella entrevista, que fue de lo superficial a lo emotivo, los investigadores lograron que Kloepfer desentrañara un poco más de la personalidad del hombre que tenían vigilado. Ella contó que un día Ted le había mostrado un televisor y un equipo de audio nuevos en su apartamento y, ante la pregunta de cómo lo había conseguido, él la enfrentó amenazándola con un «si se lo dices a alguien, te rompo el cuello». También destacó que Ted no le permitía cortarse el pelo, que llevaba largo, ni tampoco le gustaba que cambiara su peinado; insistía en que la prefería siempre con raya al medio. Y aún más, también echaron por tierra una posible coartada del asesino: confirmaron que no estuvo con su novia en ninguna de las noches durante las que habían desaparecido las chicas y, tampoco, los dos días en que Janice Ann Ott y Denise Naslund fueron secuestradas en las proximidades del lago Sammamish.

¿Qué pasó por la cabeza y el corazón de Elizabeth Kloepfer mientras contaba a los detectives todo lo que vivía y sospechaba? Ella sin duda dio el empujón decisivo a la investigación con su denuncia telefónica en la que dio el nombre del hombre del retrato robot, pero luego también fue una pieza clave al ayudar a conocer tan en detalle a Bundy, quien parecía manejarse muy bien con distintas personalidades.

Avanza la investigación

Al sentirse tan vigilado de cerca por la policía, Bundy vendió su Volkswagen Escarabajo a un joven de Midvale, pero no logró su propósito de deshacerse así como así de las muchas pruebas que lo inculpaban. El Departamento de Policía de Utah confiscó el vehículo y un equipo técnico del FBI lo desmanteló y revisó minuciosamente.

Fue entonces cuando encontraron cabellos compatibles con la muestra obtenida del cuerpo de Caryn Campbell y otros que, por su análisis en el microscopio, podían pertenecer a Melissa Smith y a Carol DaRonch. El técnico de laboratorio

del FBI Robert Neill, al encontrar cabellos de tres mujeres que no se conocían entre sí en un mismo vehículo, comentó irónicamente que se trataba de «una coincidencia de una rareza alucinante».

Dos semanas después de su detención, Bundy fue sometido a una rueda de reconocimiento. Finalmente, el 2 de octubre de 1975, Carol DaRonch tuvo la oportunidad de acudir a dicha rueda e identificarlo como «el oficial Roseland», tal como se había presentado aquella tarde en el centro comercial de Murray. Paralelamente, otros testigos de las desapariciones también lo señalaron como el hombre del cabestrillo o como el último con el que recordaban haber visto a las víctimas.

Pero aún así, las pruebas no eran suficientes para juzgarlo por asesinato. Fue declarado culpable de secuestro con agravante e intento de asalto criminal por el caso DaRonch y, a la espera del juicio que se llevaría a cabo en Seattle, Bundy quedó libre bajo fianza. Fueron su madre y su padrastro quienes pagaron los 15.000 dólares que el juez solicitó para que no permaneciera en prisión.

A pesar de estar en libertad y vivir casi todo el tiempo en la casa de su novia, la vigilancia sobre Ted era más que estrecha. La propia Kloepfer recordaba tiempo después, con cierta ironía, aquellos días: «cuando Ted y yo salíamos al porche para ir a algún lado, se ponían en marcha tantos coches de policía, camuflados claro, que parecía como el comienzo de la Indy 500».

La Cumbre de Aspen

En noviembre de 1975, tres investigadores de distintos estados seguían el caso Bundy. Ellos eran: Jerry Thompson, de Utah; Robert Keppel, de Washington, y Michael Fisher, de Colorado. Aunque cada uno desde su lugar había logrado pequeños avances en la investigación y hasta el FBI había tomado cartas en el

asunto, fue necesaria una reunión presencial para intercambiar información.

Así, en lo que se conoció después como la «Cumbre de Aspen», se unieron, a los tres investigadores principales, 30 detectives y fiscales de cinco estados. Todos estaban convencidos de que Bundy era el único responsable de los crímenes, pero había muy pocas evidencias y se vieron obligados a aunar pruebas y recursos jurídicos.

Esta reunión marcó un auténtico precedente en las investigaciones policiales en los Estados Unidos. Por entonces, los detectives de los diferentes estados no intercambiaban o compartían información de sus casos y mucho menos pruebas, lo que hacía imposible seguir en conjunto a un criminal que operase en distintos estados o intentar descubrir un modus operandi.

Primer juicio y encarcelamiento

Cuatro meses después de su detención y todavía en libertad condicional, en febrero de 1976, comenzó el juicio por el cargo de secuestro; es decir, por el caso de Carol DaRonch.

Bundy, por consejo de su abogado John O’Connell, renunció al derecho de un juicio con jurado, porque los numerosos asesinatos habían alcanzado demasiada popularidad y la publicidad negativa jugaría en su contra. Entonces, con el juez Stewart Hanson Jr. en el estrado y tras cuatro días y todo un fin de semana de deliberaciones, Theodore Bundy fue hallado culpable y condenado a 15 años de prisión, que se cumplirían en el estado de Utah.

Ninguna persona del entorno de Bundy podía creer lo que estaba pasando. Al

principio, cuando solo era una acusación pero él seguía viviendo con su novia, todos pensaron que se trataba de un error, que el mal trago pasaría e, incluso, hubo quien aseguró que la misma Carol DaRonch se lo había inventado todo para constituirse como única testigo y que luego pudieran sumarse los otros casos en los que Bundy figuraba como sospechoso.

A lo largo de las presentaciones y ya en el estrado, la defensa hizo lo imposible para que la joven de Murray se contradijera. Ya había pasado un tiempo desde aquel 8 de noviembre, cuando se produjo el intento de secuestro, y ella bien podría haber confundido a aquel asaltante, «el oficial Roseland», con este hombre inocente. Afortunadamente, a pesar de haber vivido entonces «una pesadilla», como lo describió más adelante, su testimonio fue sólido y contundente.

Durante ese mismo año y ya en prisión, se abortó un posible intento de fuga. Bundy había reunido, nunca se precisó cómo, lo que los carceleros llamaban un «equipo de fuga»: tenía en su poder mapas de carretera, horarios de aerolíneas y una tarjeta de seguridad social falsa. Por esta razón, pasó varias semanas aislado.

Pero esta siniestra historia solo iba por la mitad. A fines de octubre, las autoridades de Colorado, con pruebas suficientes en la mano, lo acusaron de haber asesinado a Caryn Campbell y requirieron su custodia. En un principio, Bundy se negó al traslado, pero finalmente la aceptó y fue transferido a Aspen en enero de 1977. ¿Qué motivó este cambio de actitud? Quizá porque el traslado y el nuevo juicio generarían múltiples ventanas de huida... Lo único que debía hacer era estar atento.

El asesino que rompió el molde

Estaba en la cárcel condenado por secuestro y asalto violento, es cierto. A ello se

sumaba ahora una acusación por otro crimen horrible y había muchas pruebas en su contra, cierto también. Pero la forma en que Bundy se mostraba con su familia, amigos y también en la sala del juzgado desconcertaba. Nadie espera ver a un hombre joven, atractivo, bien educado, culto, de complexión física mediana que poco tenía que ver con la idea estereotipada del asesino bestial, fuerte y, por qué no decirlo también, feo o de aspecto poco agraciado.

En este sentido, el periodista Stephen Michaud hizo una buena aproximación: «Ted destaca del resto de los casos en los que me he involucrado por ser un enigma. Pulcro, bien parecido, elocuente, muy inteligente. Es solo un joven guapo y amable estudiante de leyes». En efecto, Bundy era atractivo, tenía buena presencia, sabía expresarse bien —recordemos que poseía estudios universitarios — y nunca mostró agresividad verbal. Y la guinda a esta faceta de buen chico la ponía el hecho de no consumir drogas.

Esta cara amable de Bundy era tan rotunda que Marlin Lee Vortman, un amigo y compañero de trabajo, lo describió en el documental Conversaciones con Asesinos: Las cintas de Ted Bundy como «una excelente persona. El tipo que querrías para esposo de tu hermana. Allá donde iba, Ted siempre encajaba. Íbamos a reuniones con gente influyente y él siempre encontraba tema de conversación». Podría decirse que Bundy, con su voz suave y amable y su conversación fácil y simpática poseía don de gentes. Y su elocuencia convencía. Convencía a los demás de su bondad, su honradez, su inteligencia y su respetabilidad. Michael Preece, presidente regional de la Iglesia Mormona en Washington, secundó esta impresión en el mismo documental: «Me hice amigo de Ted Bundy en 1974. Un día, dos de nuestros miembros llamaron a la puerta de su casa, charlaron y él se mostró interesado. Finalmente se afilió a nuestra iglesia. [...] Pensé que era un joven guapo, que llevaba una vida ordenada y que tendría un buen futuro. Cuando se conoció la acusación que pesaba en su contra, la gente de nuestra iglesia que se había relacionado con Ted reaccionó con incredulidad. Sabían que era inocente de todos los cargos. Eso era lo que sentían, que todo eso no podía ser verdad. Los miembros de la comunidad pensaron "¿qué podemos hacer para demostrar su inocencia?", y acudieron a defenderlo».

Su capacidad de engañar era tan grande que incluso su abogado defensor, Bruce Lubeck, no daba crédito a que su cliente pudiera ser acusado de unos crímenes tan atroces y crueles. Según sus palabras: «Me llamó y me dijo: me han arrestado y necesito un abogado. Nos citamos y vino. Al principio se trataba de un caso sin mucha importancia, un delito menor. Parecía un gran error con una una serie de coincidencias. El tipo era graduado universitario, iba a la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, hasta mi secretaria de entonces había salido con él. Podría decirse que era uno de nosotros».

Pero este «uno de nosotros» tenía otra cara, una cara oscura que pocos eran capaces de ver porque la verdadera naturaleza psicótica de Bundy solo salía a la luz cuando estaba a solas con sus víctimas. Carol DaRonch, lo vivió en primera persona y explicó: «Recuerdo sus ojos pequeños, vacíos y sin vida». Sin embargo, la joven tuvo que enfrentarse a la cara amable, a la cara pública de Bundy y, según cuenta ella misma, «después del juicio, una señora de mi vecindario me preguntó: "Carol… ¿estás segura de que es el tipo correcto?" Dudaba de mí solo porque él era un estudiante universitario y era encantador, guapo, inteligente. Eso era frustrante. Durante el juicio, me pareció que era muy arrogante, siempre tenía una sonrisa burlona. Creo que pensó que se saldría con la suya».

Su madre, Eleanor Louise Cowell, lo defendió y también resaltó las bondades de su hijo: «Ted siempre tuvo muchos amigos. Era un buen estudiante, un niño normal y activo. Nuestro hijo es el mejor hijo del mundo».

Seguramente, todos los que emitieron un juicio sobre él dijeron la verdad y expresaron lo que sentían, pero su vertiente camaleónica no se revelaba únicamente en su aspecto físico, sino también en su forma de ser, que cambiaba casi mágicamente según quién fuera su interlocutor. Y podía mostrar una cara muy dulce. Al Carlisle, el psicólogo de la prisión estatal de Utah, lo resumió muy bien: «[En mi trabajo] No se cuestionaba si había cometido el crimen, porque ya lo habían hallado culpable. Se cuestionaba si era violento. Mucha gente decía "no puede haber hecho eso, no tiene la personalidad". Y eso

realmente era fascinante, todo un misterio».

Arrogante, misterioso, elocuente, inteligente, guapo y amable... Parecía que nadie podía ver su lado oscuro, y por ello nadie podía dar crédito a las aberraciones cometidas por Bundy… Como él mismo declaró una y otra vez: «la gente no me ve como yo me veo a mí mismo».

Capítulo 7

Contracara

«Me crié en una casa maravillosa con dos padres entregados y cariñosos. Nosotros, como niños, éramos el centro de sus vidas. Íbamos habitualmente a la iglesia. Mis padres no fumaban, ni bebían ni apostaban. No había ningún tipo de abuso ni peleas en casa. No estoy diciendo que fuera perfecto, pero era un sólido hogar católico.»

Ted Bundy, última charla con el psicólogo especializado en temas cristianos James C. Dobson.

Mentira es la palabra que podría sintetizar, a partir de tres o cuatro momentos vitales, la existencia de Ted Bundy. Mentía cuando negaba algún capítulo de su vida, porque deseaba que fuera de otra manera. Mentía cuando inventaba una realidad para esconder situaciones que no comprendía y que le provocaban sufrimiento. Lo que se sabe de los primeros años del asesino cambia radicalmente según quién sea el interlocutor, y eso genera una terrible ambigüedad. ¿Quién era Ted Bundy en realidad? ¿Era el muchacho simpático y cordial o el resentido y solitario? Incluso él daba distintas versiones de sí mismo, dependiendo de quién lo estaba escuchando. La pugna entre deseo y realidad marcó su vida.

Eleanor Louise Cowell tenía 22 años cuando se quedó embarazada. En los años 40, en Estados Unidos, al igual que en el resto del mundo, ser madre soltera era un estigma. El aborto, dar a los pequeños no deseados en adopción o, simplemente, abandonarlos en instituciones públicas para que se encargasen de ellos eran prácticas habituales en la época. La joven Cowell escondió su embarazo hasta el último momento, cuando fue enviada por sus padres, extremadamente religiosos y muy conservadores, a parir al hogar para madres solteras Elizabeth Lund, en Burlington, Vermont. Louise —como todos la llamaban— dio a luz el 24 de noviembre de 1946 y regresó a la casa paterna sin el niño. Pero su padre, reconociendo el dolor y la profunda tristeza que el abandono del bebé le había provocado a su hija, reconsideró su postura y le permitió integrar al recién nacido al hogar.

Para minimizar la humillación familiar, Theodore pasó a ser hijo de sus abuelos, Samuel y Eleanor Cowell, y su madre se convirtió en su hermana mayor. Sobre la identidad de su padre, desconocido, apenas hay información. Algunas fuentes dicen que fue un vendedor y veterano de la Fuerza Aérea llamado Lloyd Marshall, mientras que en la Oficina del Sheriff del Condado de King figura un tal Jack Worthington como padre de Ted. Lo cierto es que, durante sus primeros cuatro años, el pequeño y su madre vivieron en Burlington, en el hogar materno, hasta que en 1950 lograron mudarse a la casa de unos familiares en Tacoma, una ciudad portuaria del estado de Washington.

Allí Louise conoció a quien sería su esposo: un cocinero del ejército llamado Johnnie Culpepper Bundy. El hombre adoptó como propio a Ted, quien usó el apellido adoptivo el resto de su vida. Sin embargo, aunque intentó crear lazos con el pequeño, nunca obtuvo el apego de Ted ni tampoco logró convertirse en la imagen paterna que deseaba. Ya adulto, Ted explicó parcialmente el motivo de la distancia que había mantenido con su padrastro; según él, «además de no ser mi verdadero padre, no era muy inteligente y no ganaba mucho dinero».

¿Quién eres?

De aquellos primeros tiempos, los recuerdos que Ted fue manifestando a través de entrevistas se contraponen con los recuerdos de quienes lo conocieron entonces.

«Bundy siempre pintaba una imagen muy positiva de su madre y de sus abuelos», declaró el psicólogo Al Carlisle, encargado de analizar a Bundy en la cárcel de Utah, quien también habló con su familia y «para ellos también él era maravilloso». Tanto a la prensa como a Ann Rule, al principio amiga y compañera de trabajo y con el tiempo biógrafa, Ted declaró «identificarse y

hasta aferrarse a su abuelo» Samuel. Sin embargo, algunos allegados a la familia no coincidieron con la versión del abuelo cariñoso. Más allá del gesto de traer a su nieto recién nacido a casa, se dice que Samuel era un hombre violento, racista, capaz de pegar a su esposa y de apalear gatos y perros del vecindario. Cierta vez, arrojó por las escaleras a su hija Julie para que «se durmiera», y hablaba durante largos períodos con presencias invisibles. Además, tenía el rasgo quizá menos virtuoso que un abuelo pueda transmitir a su nieto: la adicción a la pornografía. Hacia el final de su estancia en la penitenciaría, Ted insistiría una y otra vez que la pornografía fue la responsable de su necesidad de sexo extremadamente violento e, incluso, de la necrofilia. Y él mismo comentó que fue su abuelo quien consumía este tipo de material, por lo que, ya de pequeño, la tuvo al alcance de la mano.

De su abuela, trascendió que fue sometida en varias ocasiones a terapia electroconvulsiva (TEC), tratamiento psiquiátrico muy en boga entonces para combatir la depresión, y que al final de su vida le atemorizaba salir de su casa. Sobre Julie, la tía de Ted, llega hasta nuestros días el empujón que su padre le propinó y la hizo rodar por las escaleras y aquella tarde que nunca podría borrar de su memoria, cuando al despertar de una siesta estaba rodeada de cuchillos y vio, estupefacta, al pequeño Ted de tres años sonriendo —quién sabe si inocentmente— a los pies de la cama.

Hijo ilegítimo

A los 14 años, un incidente marcó significativamente el futuro de Ted, aunque él sistemáticamente lo haya negado. «Descubrí que hubo un acontecimiento que creo que fue muy poderoso —explica el psicólogo Al Carlisle—. Cuando él tenía 14 años, encontró en un viejo arcón su certificado de nacimiento. Y en el espacio donde debía anotarse el nombre del padre decía "desconocido". Así fue como descubrió que era un hijo ilegítimo». «Ser ilegítimo nunca fue un problema —lo contradijo Ted Bundy en las entrevistas concedidas en la cárcel —. No me molestó jamás. El tema de la ilegitimidad es importante para un psicólogo aficionado. Es una estupidez. ¿Cuántas personas descubren que son

ilegítimas o adoptadas en la edad adulta? Es normal». El psiquiatra no compartió nunca esa opinión; en cambio, destacó: «Negación, negación, negación. Esa fue una señal de alarma».

Memorias encontradas

Sobre los recuerdos de la infancia, hay más contradicciones. De su época en Tacoma, Bundy contó a los periodistas Stephen G. Michaud y Hugh Aynesworth que «deambulaba por el vecindario, hurgando en los cubos de basura en busca de fotos de mujeres desnudas». En conversaciones con Polly Nelson, su última abogada defensora, recordó que «leía revistas de detectives, novelas policíacas y documentales sobre crímenes verdaderos e historias que involucraban violencia sexual», y que se convirtió en un fanático de «las historias que se ilustraban con imágenes de cuerpos muertos o mutilados». Tiempo después, en una carta a Anne Rule, escribió: «nunca leí revistas de detectives, ni de muertes violentas, y hasta me estremece la idea de que alguien lo haga».

Algunos amigos de infancia lo recuerdan como un niño distinto, bastante retraído y que a veces tenía reacciones violentas. Sandi Holt, una compañera de escuela, en una entrevista extraída de Conversaciones con Asesinos: Las cintas de Ted Bundy explicó que «Ted era diferente. Tuvo problemas durante mucho tiempo debido a un horrible impedimento del habla, por eso los otros niños lo molestaban mucho, no encajaba. Ni siquiera en los campamentos, Ted no lograba aprender las cosas que otros chicos hacían. No sabía atar nudos, no sabía disparar y tenía mal carácter. Cuando era pequeño le gustaba asustar a la gente, poner trampas para tigres en el bosque. Luego, en la escuela secundaria, Ted quería ser algo que no era, soñaba con ser presidente, fanfarroneaba mucho. Quería ser el número uno de la clase, pero nunca lo logró. Empezó a hacerse más solitario. En cierto modo había un vacío en su interior». Ted tuvo una infancia y una adolescencia solitaria, sin grandes amigos y mucho menos una pandilla. En cambio Ted contó a sus entrevistadores que en sus primeros años de juventud, «estaba solo por elección» porque «no sabía bien qué tenía que hacer con una chica, ni entendía porqué otras personas querrían ser sus amigos». No estaba «en

su naturaleza» hacer amistades. Sobre este tema, sus compañeros del Woodrow Wilson High School tampoco coinciden: para algunos, era «muy conocido y querido» y, para otros, un «chico solitario y antojadizo».

Sí se ha confirmado, que durante esos años, Ted fue arrestado al menos dos veces, como sospechoso de algunos hurtos, pero al cumplir los 18 años se borraron todos sus antecedentes, como establecía la legislación de entonces en el estado de Washington. También se sabe que a Bundy le gustaba el esquí. Era un entusiasta esquiador que robaba equipos de ropa y accedía a las pistas con forfaits falsificados...

Puede que durante sus años de universitario Ted hubiese intentado establecerse, encontrar un trabajo y tal vez hasta hubiese pensado en formar una familia. Tras acabar la escuela secundaria en 1965, y al no haber obtenido la calificación suficiente que le permitiese entrar en las más importantes escuelas de derecho con las que soñaba, estudió un año en la University of Puget Sound, en Tacoma, Washington. No le fue nada bien. Frustrado por su bajo rendimiento académico, en 1966 pidió el traslado a la University of Washington, donde estudió chino.

En 1967, entabló una relación con Diane Marjorie Jean Edwards, entonces compañera de la universidad, y realizaba trabajos de media jornada para vivir. Al año siguiente, dejó los estudios y se ofreció como voluntario para la campaña presidencial de Nelson Rockefeller, en la oficina de Seattle. «Siempre me interesó la política», justificó Ted a sus biógrafos, y hasta asistió a la Convención Nacional Republicana de 1968 en Miami como delegado del candidato. A lo largo de su vida, parece, que hay un claro interés por el poder y por sobresalir, tal como apuntaba Sandi Holt.

Pero, saltando de unos estudios a otros y luego participando en mítines políticos, Bundy dejó de ser un buen partido para Diane, quien lo abandonó en 1969. De alguna manera, la creciente inestabilidad en la elección de su carrera y el no tener un proyecto laboral claro ensombrecía su futuro y eso a Diane, que soñaba

con una vida brillante y una familia, no la convencía. Esta ruptura señaló un antes y un después. En efecto, la frustración que siguió a la ruptura le acompañaría el resto de su vida. Dorothy Otnow Lewis, psiquiatra y especialista en el estudio de individuos violentos y con trastorno de personalidad múltiple, aseguró que la ruptura de su noviazgo se dio «probablemente en el momento crucial de su desarrollo» y constituyó un punto de inflexión en su vida.

Otro rumbo

Defraudado por el desenlace de su noviazgo, Ted se tomó un tiempo para visitar a sus familiares en Colorado, Arkansas y Filadelfia. Y, también, a Elizabeth Kloepfer, una divorciada de Utah que había conocido en un bar, en el otoño de 1969. Kloepfer trabajaba como secretaria en la University of Washington School of Medicine y tenía una hija pequeña. El flechazo fue instantáneo y pronto Ted se unió a esa familia monoparental. No cuesta pensar que vivió una etapa feliz que lo llevó a querer retomar sus estudios, pero esta vez en una rama muy distinta: entró en la University of Washington y se matriculó en Psicología, donde fue un alumno brillante.

En 1971, comenzó a trabajar en el Suicide Hotline Crisis Center de Seattle (una línea telefónica de ayuda para evitar suicidios). Allí conoció a Ann Rule, una exagente de policía de Seattle y escritora en ciernes, que a la postre sería una de sus biógrafas. La autora de The Stranger Beside Me describió al Ted de entonces como un joven «amable, solícito y empático».

Y no se quedó aquí. Tras graduarse, trabajó como topo en la campaña para el gobernador Daniel Evans: iba a las reuniones de su oponente Albert Rosellini y tomaba nota de todo lo que allí se decía, para luego poder desarrollar acciones en contra. Evans fue reelegido y Bundy pasó a ser una figura codiciada: se convirtió en asistente de Ross Davis, presidente del Partido Republicano del estado de Washington, quien lo describió como «inteligente, agresivo... y creyente en el

sistema».

Año clave, 1973

Visto en retrospectiva, 1973 fue un año ajetreado. Aun con mediocres notas de acceso, Ted logró forzar por segunda vez su entrada en la carrera de Derecho. Gracias a las cartas de recomendación de sus jefes, Daniel Evans y Ross Davis, y de sus antiguos profesores de Psicología, Bundy fue aceptado en la University of Utah, a pesar de no haber obtenido buenas calificaciones en su primer intento en la University of Puget Sound (Washington).

Durante ese año, Bundy llevaría a cabo una típica venganza de despechado. Aprovechando un viaje de trabajo —recordemos que colaboraba con el Partido Republicano—, se reencontró en California con su antigua novia Diane Edwards, a la que logró seducir nuevamente y retomar la relación. A pesar de que ella lo hubiera abandonado porque «no tenía proyecto ni futuro», este nuevo Ted Bundy de 1973 le pareció, aparentemente, prometedor. Y él supo cómo debía mostrarse. Le demostró que era un estudiante brillante que se interesaba seriamente por la carrera política. De hecho, a lo largo de 1973, Diane viajó a Seattle para quedarse unos días con él e, incluso, en una de esas visitas, la presentó al mismísimo Ross Evans como su prometida.

Al mismo tiempo, Ted, el hombre de las mil caras, continuaba su noviazgo con Liz Kloepfer. Ninguna de las dos sabía de la existencia de la otra. Pero, en enero de 1974, Bundy cortó repentinamente la relación con Diane. «Solo quería demostrarme a mí mismo que podría haberme casado con ella», confesaría Ted años después. Pero en realidad, ¿a quién quería demostrarle que podía ser un hombre de éxito? ¿A sí mismo o las dos chicas que salían entonces con él? ¿O se trataba simplemente de una venganza por un abando mal digerido y quería dejar claro quién tenía la última palabra?

Lado oscuro

Algunos biógrafos, sostienen que el primer fracaso amoroso, es decir la primera ruptura con Diane, creó en Bundy una profunda aversión hacia las mujeres. Le aterraba depender de ellas y le atemorizaba que lo humillasen. Algunas de sus novias desvelaron más tarde algunos episodios violentos, ya habían percibido un lado oscuro en él. «Hablé con algunas personas de Salt Lake City sobre el pasado de Ted y también con algunas antiguas novias —contó en un documental de Netflix el psicólogo de la penitenciaría, Al Carlisle—. Algunas lo recordaban como un joven encantador. Pero otras no; dijeron que tenía otro lado, un lado oscuro. Una muchacha me contó que tenía reacciones raras, como la de un día que fueron a nadar y él hundió su cabeza en el agua y la sujetó allí durante bastante tiempo. Luego la soltó, la dejó respirar y la hundió nuevamente. Ella pensó "intenta matarme"». Claramente lo que contó la chica había pasado la raya del simple juego y reflejaba el lado violento de Ted.

Tal vez, Carol DaRonch estuviera en lo cierto cuando durante el juicio comentó que era arrogante y que creía que él pensaba que «se saldría con la suya». Probablemente Ted Bundy estuviese convencido de que lo tenía todo controlado. La necesidad de control era uno de los puntos débiles de su personalidad, acaso lo que le llevó a asesinar para experimentar control sobre las víctimas, sentir su poder, su superioridad. Esto era lo que le daba placer, lo que le hacía sentir vivo y lo que le conducía al sadismo, a la crueldad extrema. Ann Rule, la autora de The Stranger Beside Me, lo definió como a «un sociópata sádico que se complacía con el dolor de otro humano y el control que tenía sobre sus víctimas, hasta el momento punto de la muerte e incluso después». Y este «después» le convertía en un necrófilo, alguien capaz de disfrutar, de sentir placer, con un muerto al que se puede someter, dominar, violar y controlar. Este anhelo de controlar, de estar por encima de los demás, posiblemente encubría a un individuo profundamente acomplejado que se sentía inferior, que creía no estar a la altura de lo que se esperaba de él. Y por eso mentía y encubría todo aquello que le molestaba de sí mismo. Al mismo tiempo este sentimiento de inferioridad le producía una extrema frustración que derivó en una violencia inusual y,

presumiblemente por el tipo de crímenes que realizó, en un odio visceral hacia las mujeres. El placer que le proporcionaba el control que podía ejercer sobre una mujer, una vez asfixiada, lo llevó a matar una y otra vez. Pero no solo a matar sino a hacerlo de una forma brutal, con una violencia sexual desmedida que se prolongaba hasta la necrofilia.

Bundy vivió en la contradicción y en la mentira buena parte de su vida. Su yo cordial, educado, elegante, pulcro, agradable, encantador, elocuente, inteligente, seductor y atractivo no podía aceptar a su alter ego: un Bundy profundamente violento y sádico, de mente calculadora y fría, sin ninguna empatía. Lamentablemente este Bundy despiadado era real, era el que le proporcionaba el placer. Eran dos caras tan opuestas que confundieron a mucha gente, que solo era capaz de ver la parte amable.

Si por un lado era odiado y temido por la opinión pública, muchos fueron los que cayeron en sus redes. Su historia se convirtió en un fenómeno de masas y él en una estrella amada por hordas de fans que inundaban su celda de cartas de amor. Hasta tal punto fue aclamado y adorado que Carol Ann Boone incluso se casó con él.

Bundy es un claro exponente de una definición que la Unidad de Análisis de Conducta del FBI hizo sobre los asesinos en serie «estos criminales no son monstruos y pueden no parecer extraños. Los asesinos en serie a menudo tienen familias y hogares, empleos y aparentan ser miembros normales de la comunidad». Pero la normalidad es solo apariencia. Nadie puede ni debe olvidar qué delitos cometió ni el índice de violencia con que los llevó a cabo.

Mientas cumplía la condena de 15 años por secuestrar a Carol DaRonch, Bundy y Carlisle mantuvieron muchas entrevistas. Una tarde, al cierre de la sesión, Bundy le preguntó al psicólogo de la prisión:

—Al, ¿crees que cometí los asesinatos de esas muchachas de los que me acusan?

—lo increpó Ted a pesar de que nunca habían hablado de las chicas muertas.

—No lo sé, pero sé que si lo hiciste, lo volverás a hacer.

Así es como actúa un asesino en serie, repitiendo el mismo patrón una y otra vez.

Capítulo 8

Un hombre con ángel

«La prensa interpretó muy mal el encanto personal de Ted Bundy. No era el Rodolfo Valentino de los asesinos en serie, como se dijo. Era un hombre brutal, sádico y pervertido.»

Robert Kenneth Ressler, criminólogo y escritor estadounidense.

Ted Bundy tenía ángel. Y, como hemos visto, su atractivo era desconcertante: por aberrantes que fueran sus crímenes, era capaz de lograr que una buena cantidad de gente sintiera simpatía hacia él.

En febrero de 1977 ya purgaba su pena en una cárcel de Utah por el caso DaRonch, cuando una nueva acusación lo requirió en otro estado. Existían pruebas de su paso por Aspen el día que desapareció la enfermera Caryn Campbell y también había testigos que recordaban haberlo visto en el ascensor del hotel. Su coche, vendido, confiscado y registrado, arrojó evidencias de que otras mujeres asesinadas también habían entrado en él: encontraron algunos cabellos de varias víctimas en el fatídico Volkswagen. Y ya se había celebrado una cumbre de investigadores para poner en común pruebas sobre los casos de muchachas desaparecidas o muertas en los estados de Washington, Oregon, Utah y Colorado. A pesar de todo ello, o quizás por ello, seguía siendo una figura codiciada por los medios de comunicación, que buscaban una entrevista con él. Y, como hemos comentado, muchas chicas jóvenes e incluso mujeres adultas reconocían sentirse atraídas por Bundy, pensando sólo en su físico y olvidando las atrocidades de que era capaz.

Seis días desaparecido

Por eso, a nadie le extrañó verlo, en su siguiente juicio, libre de esposas y grilletes, vestido elegantemente, con traje y pajarita al cuello. Podría decirse que,

gracias a una defensa de sus libertades y derechos quizá exacerbada por parte del tribunal, era el propio Ted quien manejaba la situación frente al estrado y no las autoridades. Primero, porque le permitieron actuar como su propio abogado sin haberse licenciado, lo que le permitía acudir al juicio sin las medidas de seguridad habituales para evitar una huida. En segundo lugar, porque reforzaba su imagen de «persona no tan peligrosa». Y, por último, porque incluso tenía permitido retirarse a «estudiar» o a «preparar» su caso en la biblioteca del Palacio de Justicia, un lugar desprovisto de rejas o alarmas, destinado casi exclusivamente a los abogados.

Gozando del tratamiento que se le daría a alguien presumiblemente inocente, Bundy llevó a cabo su defensa, por lo que tuvo que ser trasladado con frecuencia desde la cárcel del condado de Garfield, en Glenwood Springs, al Palacio de Justicia del condado de Pitkin, en Aspen. Poco menos de 70 km separan ambos lugares, pero el recorrido le bastó a Ted para conocer los alrededores y sus posibilidades de huir a pie.

El 7 de junio de 1977, Ted Bundy se encontraba en el condado de Pitkin, Aspen, preparándose para una audiencia preliminar. El Palacio de Justicia era un edificio de ladrillo visto, de dos pisos de altura, rodeado de árboles, y la ciudad era entonces muy pequeña. Aunque se veían algunos periodistas agrupados en la puerta principal, el resto de las calles que rodeaban la edificación permanecían desérticas.

Fue la suma de todos estos factores, unido a un entrenamiento previo, lo que lo hizo decidir a saltar por la ventana. Iba sin grilletes ni esposas y ese día se había vestido por duplicado: debajo de la ropa con la que se presentó en el juzgado tenía puesta otra, más informal. Además, en los últimos días había practicado el salto: en cuclillas sobre su litera, saltaba al suelo y flexionaba las rodillas al caer, y, aunque la altura no fuera la misma, tonificaba la musculatura y se iba preparando mentalmente.

En uno de los recesos, finalmente, consiguió salir a la calle. Pidió visitar la biblioteca durante el descanso y, mientras se vaciaba el recinto, se aseguró de que el policía encargado de su custodia personal había bajado la guardia, porque, ¿quién podía escaparse en un segundo piso?

Fingiendo buscar unos libros detrás de un aparador, Ted Bundy no dejó pasar demasiado tiempo: saltó y, aunque se lastimó el tobillo derecho, se fue. En el camino se deshizo de su ropa formal, cambió ligeramente su peinado y salió de la ciudad eludiendo los controles de carretera y caminos que rápidamente se organizaron apenas conocida la fuga.

Si bien solo el asesino podría relatar paso a paso dónde estuvo, posteriormente pudo establecerse que caminó hacia el sur y se dirigió al monte Aspen. En la montaña, halló una cabaña donde, además de hacer noche, robó alimentos, ropa y un rifle. Con algo de fuerza recuperada pero aún renqueando, reemprendió su camino en dirección sur.

Antes de llegar a Crested Butte, víctima quizá de la desorientación o del dolor, o tal vez de ambos, se perdió en el bosque, donde deambuló durante casi 48 horas. No fue capaz de localizar los senderos que lo llevaban a la ciudad, pero anduvo hacia el sur a lo largo de 16 km. El viernes 10 de junio, visiblemente agotado, asaltó una caravana en Maroon Lake: se llevó abrigo y comida.

La imposibilidad de seguir avanzando sin vehículo lo obligó a cambiar de planes. Bundy caminó nuevamente hacia Aspen y su ángel lo acompañó: logró eludir todos los controles y los equipos que la policía había destinado a su búsqueda. El lunes siguiente, sin embargo, el agotamiento pudo más y, aunque robó un coche en las inmediaciones del campo de golf de Aspen, fue capturado a las pocas horas.

Sin casi haber dormido en los últimos seis días, con escasos alimentos y el tobillo atenazándolo de dolor, Ted Bundy conducía erráticamente zigzagueando de un carril a otro, cuando la policía lo encontró. A pesar del meticuloso plan —Bundy llevaba incluso mapas de Aspen, los mismos que usaron los fiscales para señalar dónde había sido hallado el cuerpo de Caryn Campbell—, el doble juego de ropa y su recientemente adquirida capacidad de salto, tuvo que volver a ingresar en prisión.

Una estrategia mal pensada

Por increíble que parezca, las pruebas seguían sin tener la contundencia necesaria, y con una buena estrategia la defensa podría, aunque no hacerlas desaparecer, sí ponerlas en entredicho y lograr que Bundy resultara sospechoso, pero no necesariamente culpable. Sus abogados, y también algunos amigos cercanos, le sugirieron que se atuviera al derecho y siguiera el proceso sin sobresaltos.

De regreso en su celda de Glenwood Springs, Bundy desdeñó esa posibilidad y volvió a obsesionarse con la idea de fugarse. Polly Nelson, última abogada defensora de Ted, comentó, en su libro Defendiendo al diablo, aquella estrategia mal llevada a cabo: «Un acusado más racional podría haberse dado cuenta de que tenía una buena posibilidad de absolución, y que desestimar el cargo de asesinato en Colorado probablemente habría disuadido a otros fiscales... Con tan solo un año y medio cumplido por la sentencia del caso DaRonch, si Ted hubiera perseverado, podría haber sido un hombre libre». Por otro lado, tampoco tuvo que esperar mucho para que fuese aceptada su moción para cambiar la sede del juicio, pero no a Denver como había solicitado, sino a Colorado Springs, donde los jurados tenían fama de no recurrir a la pena de muerte como primera opción.



Jim Simone y el Equipo de rescate del condado de Carbon en una búsqueda sin éxito de los restos de Susan Curtis.

Pero Bundy seguía empecinado con su proyecto. Consiguió un plano de la penitenciaría y estudió las vías de escape y los horarios del personal. Paralelamente, había fortalecido el vínculo con Carol Ann Boone, una antigua compañera de la facultad con quien había iniciado o retomado un romance durante el juicio por el caso DaRonch. Ella resultó una pieza clave en sus planes, porque terminó por convertirse, de hecho, en su principal defensora ante la prensa, su proveedora de dinero y su protectora, casi la única, durante sus años de reclusión.

En seis meses, Ted Bundy logró reunir 500 dólares que su ahora novia le llevaba al penal y se hizo con una sierra para metales. Con esos elementos y el descubrimiento de un espacio de 30 cm2 sin enrejar en el techo de su celda, planeó la fuga.

Para escurrirse por un hueco tan pequeño, el asesino se vio obligado a perder 16 kg y a ensayar cuidadosamente la huida. De hecho, antes del «día D» comprobó que pasaba por al agujero e incluso estuvo corriendo por el entretecho en búsqueda de una salida segura. Otros convictos denunciaron ruidos nocturnos en el techo, pero nadie se tomó el trabajo de investigar.

Las fiestas navideñas, cuando los celadores y muchos condenados con permiso de salida estaban con sus familias, brindaron a Bundy una oportunidad única para escapar. El viernes 30 de diciembre los ánimos tanto de los prisioneros como de los funcionarios se notaban especialmente positivos y él pasó todo el día desapercibido. Por la noche, acomodó en la cama libros y expedientes varios simulando una forma humana, los tapó con la ropa de cama y, sin apenas hacer ruido, movió a un lado la tapa de 30 cm, que hacía ya tiempo había descubierto

en el cielorraso de la celda. Caminando por el techo como había ensayado, llegó hasta las dependencias del director, se puso ropa de calle y salió simple e impunemente por la puerta.

Con algo de dinero y su aspecto siempre cambiante, no le fue difícil iniciar primero un viaje al este, hasta alcanzar Chicago, y luego al sur, hasta Florida, donde pensaba instalarse. Aunque era una personalidad célebre en Aspen y ya conocido en los estados de Utah, Washington y Colorado, Bundy especulaba con ser un desconocido en la lejana península de la costa este.

Sensación de libertad

Puede que Ted nunca haya alcanzado a comprender lo bien que lo trató la justicia. La mayoría de sus demandas fueron tenidas en cuenta; incluso las represalias por su primer intento de fuga habían sido suaves.

Confiado, quizá, en que esta suerte iba a ser eterna, apenas salió de la cárcel de Glenwood Springs, robó un coche y partió hacia el este, aunque el vehículo se averió en medio de las montañas, cuando transitaba a toda velocidad por la Interestatal 70. Dejó el automóvil en el arcén de la carretera y prosiguió haciendo autostop. Un automovilista lo acercó a Vail, lugar ya conocido por Bundy y en el que había violado y matado a Julie Cunningham hacía más de dos años. Desde allí fue a Denver en autobús, para luego tomar un vuelo a Chicago.

Cuando Ted estaba a más de 1.600 km, descubrieron su ausencia en el penal. El sábado 31 de diciembre, diecisiete horas después de la huida, los celadores se dieron cuenta de que, debajo de las mantas, había varias pilas de libros y expedientes.

Para eludir a sus perseguidores, Bundy cambió rápidamente de aspecto y luego cogió un avión hacia Ann Arbor, Michigan, donde algunos testigos lo ubicaron en un bar el lunes 2 de enero de 1978. Estuvo cinco días en Ann Arbor, asegurando ser Kenneth Misner. Luego robó un coche y condujo casi 1.200 km hasta Atlanta, Georgia. Desde allí, otro autobús lo llevó a Tallahassee, la capital del estado de Florida.

La mañana del 8 de enero de 1978, con un nombre falso y una nueva apariencia, Ted pensaba recomenzar su vida. Bajo el alias Chris Hagen, alquiló una habitación en el Holiday Inn, muy cerca del campus de la Florida State University. Y, aunque más tarde aseguraría que en ese tiempo intentó buscar un trabajo, el proyecto se desmoronó ante una simple solicitud de identificación.

Sin dinero y sin forma de conseguir trabajo, Ted se vio forzado a robar para subsistir, especialmente, a mujeres que dejaban sus carteras en el carro del supermercado mientras hacían la compra. Era lo que había hecho hasta ahora y era lo que sabía hacer: robar, pero… ¿hasta cuándo?

Capítulo 9

Horror

«No hay forma de describir la necesidad brutal de hacerlo y, una vez había satisfecho esa necesidad y gastado esa energía, volvía a ser yo mismo. Básicamente era una persona normal. No era un tío de esos que se pasan el día en los bares, ni un pervertido. Era una persona normal, con buenos amigos.»

Ted Bundy, última charla con el psicólogo James C. Dobson.

La situación había llegado a un punto de no retorno. Aun considerando que Ted Bundy se hubiese propuesto, en algún momento del largo y escalonado viaje, empezar de nuevo, las cartas con las que jugaba ya no estaban a su favor.

No logró conseguir trabajo en Tallahassee y su estancia en el Holiday Inn dependía ahora de las tarjetas que robaba, que podía utilizarlas hasta que eran denunciadas y canceladas. Era un prófugo de la justicia y, aunque no lo atenazaba culpa alguna, debía de intuir que su libertad no iba a durar para siempre. Pero, a pesar de todo eso o precisamente por ello, no tuvo ningún inconveniente en atacar otra vez, apenas 15 días después de haber escapado de la cárcel.

Noche feroz

El sábado 14 de enero de 1978, la fraternidad universitaria Chi Omega del campus de Tallahassee de la Florida State University vivió el episodio más triste y sangrante de su historia. Al tratarse de una noche «sin toque de queda», el horario de regreso a la fraternidad era libre y la mayoría de las chicas estaba en alguna fiesta o compartiendo el tiempo con amigos, novios o familias.

A las tres de la madrugada la estudiante Nita Neary se despidió de su novio en la entrada del edificio. Al empujar la puerta, se percató de que estaba abierta y, sospechando un robo, entró sigilosamente. Inmediatamente, oyó un ruido de pasos en la planta superior y decidió esconderse, sin saber que con esta acción no solo salvaba su vida, sino que contribuiría más tarde con un testimonio fundamental para encerrar de una vez por todas a uno de los asesinos en serie más famosos de la historia.

Desde su escondite, Neary vio salir corriendo a un hombre que llevaba una gorra azul y que portaba algo que se le antojó que podía ser una carpeta envuelta en un trapo. Pensando que podían haber asaltado sus habitaciones, subió corriendo a buscar a Nancy, su compañera de habitación, y a poner en alerta al resto de las chicas. Una visión aterradora la detuvo: se topó con su amiga Karen Chandler, que se tambaleaba por el pasillo gravemente herida. Mientras pedía auxilio a gritos, una segunda víctima, Kathy Kleiner, yacía en su cama viva pero sin poder moverse.

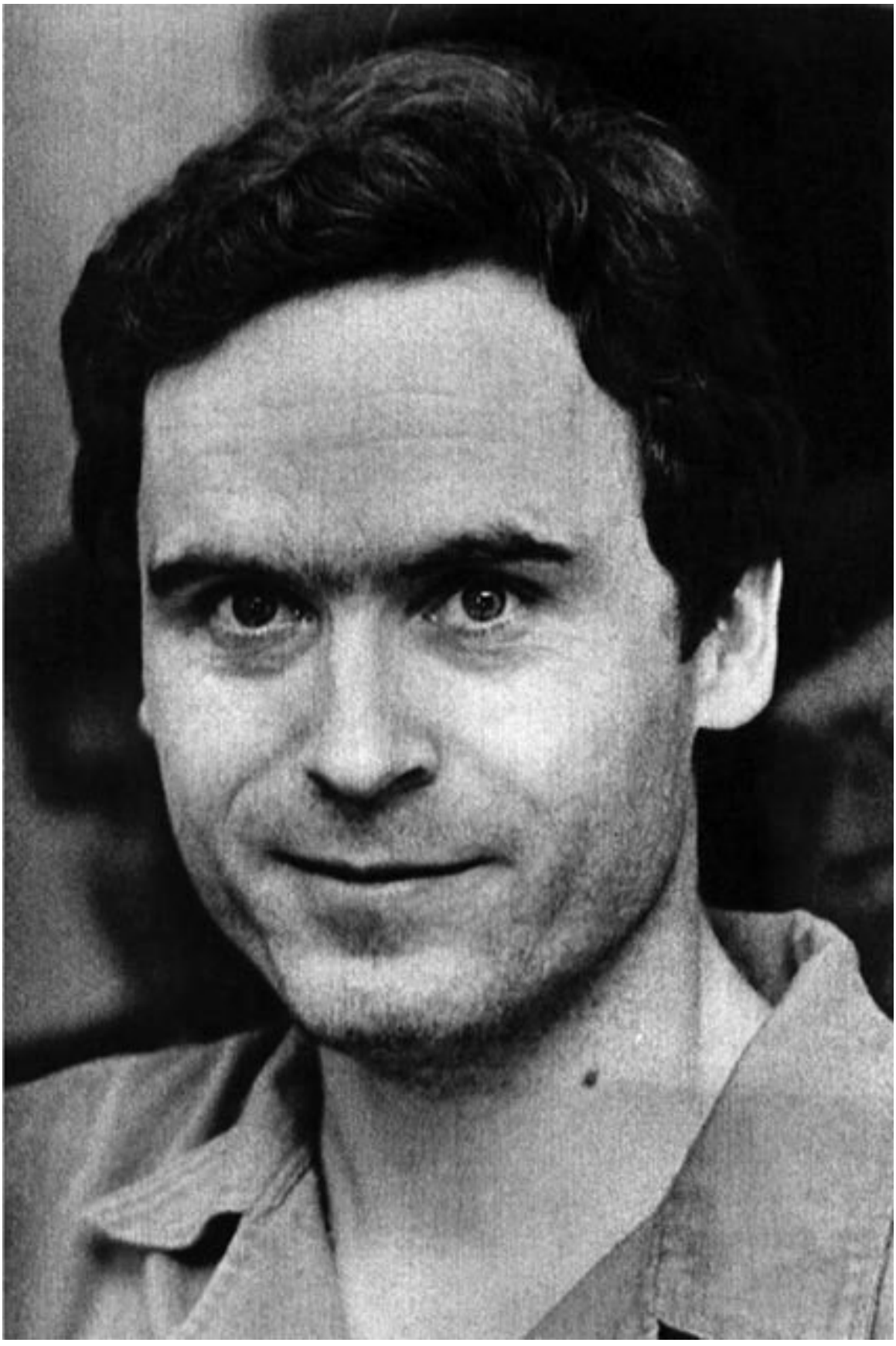
Cuando la policía llegó e inspeccionó el edificio hizo un trágico hallazgo: Lisa Levy yacía muerta, víctima de un ataque sin precedentes. Había sido golpeada brutalmente en la cabeza, violada y le habían arrancado un pezón de un mordisco. Los investigadores la encontraron en su cama, con un bote de laca para el pelo insertado en la vagina. En otra habitación, encontraron el cuerpo de Margaret Bowman. Los detectives concluyeron que había sido estrangulada mientras dormía y que, luego, un terrible golpe en la cabeza había desparramado su masa encefálica por la almohada.

Por mucho que parezca el horror vivido esa noche, la sed de sexo y violencia de Bundy no había sido saciada aún. A pocas manzanas de allí, otra víctima sobreviviría para contarlo: Cheryl Thomas, de 21 años, que esa noche había ido a bailar con sus amigos.

De regreso a su apartamento, se preparó un bocadillo y estaba recostada frente al

televisor cuando un individuo entró por la ventana de la cocina. Llevaba una media cubriéndole el rostro y comenzó a darle una paliza. Los gritos de la joven alertaron a Debbie Ciccarelli, una vecina que se asustó por los alaridos y llamó a la policía. El asesino huyó por donde había entrado, pensando que Cheryl estaba muerta.

En pocos minutos, la joven, que se reponía de una divertida noche de baile, estaba con el cráneo roto por cinco lugares, la mandíbula fracturada y un hombro dislocado. Las secuelas del ataque acabaron con los sueños de Cheryl de ser bailarina, además de perder definitivamente la audición y quedar con problemas de equilibrio. En su apartamento, la policía halló pruebas físicas del autor del ataque: cabellos y sangre de Ted Bundy.



Ted Bundy en 1978, durante el juicio que le condenaría a sentencia de muerte.

Algo había cambiado en el modus operandi del asesino. Ahora el feminicidio era manifiesto, cínico, horroroso. Ya no seducía: secuestraba, violaba y mataba. Ya no había una tarea previa de seleccionar a la víctima. Bundy se movía con total impunidad y no se molestaba en esconder los cuerpos de las chicas, ni siquiera en disimular su autoría. Tal vez, presentía que este raid estaba llegando a su fin; a lo mejor, estaba cansado de tanta muerte o puede que hubiera cruzado todo límite y que se sintiera seguro e inmortal. En todo caso, aquella noche del 14 de enero de 1978 fue la más sanguinaria de su vida.

Más víctimas

Mientras la policía de Florida estaba en alerta buscándolo, gracias a los datos proporcionados por Nita Neary, el depredador Ted Bundy se disponía a hacerse con la que iba a ser su última presa: Kimberly Diane Leach, de 12 años.

El jueves 9 de febrero de 1978, la niña desapareció sin dejar rastro. Salió de la escuela primaria de Lake City, Florida, e iba de camino a su casa cuando se percató de que se había olvidado algo en el colegio. En el breve trayecto de retorno desapareció. Posteriormente, cuando había comenzado el frenético operativo de búsqueda, un bombero recordó haber visto a un hombre que sujetaba a una niña de un brazo y se encaminaba hacia una camioneta. Supuso que eran padre e hija. Se equivocó.

Pasaron dos angustiosos meses hasta dar con su paradero. El cuerpo de Kimberly apareció en un descampado cerca del parque estatal Swannee River, visiblemente golpeada y con signos de violación.

Un tal Ken Misner

Como en otras ocasiones, por el hecho de andar merodeando por un vecindario o por conducir erráticamente, Bundy fue atrapado por una patrulla de policía de carretera. Después de asesinar a la pequeña Kimberly, Bundy regresó a su apartamento de Tallahassee y lo limpió meticulosamente. Se deshizo de la furgoneta robada y casi fue aprehendido al intentar robar otro vehículo. En realidad, logró escapar cuando el oficial de policía se separó unos metros de él para verificar la matrícula.

De nuevo en el Holiday Inn, tuvo una fuerte discusión con los empleados del hotel, porque algunas de las tarjetas de crédito con las que había pagado su estancia ya habían sido denunciadas por robo. Abandonó el lugar, logró hacerse con un vehículo y condujo 320 km hasta Pensacola.

Por la matrícula, la policía de la ciudad portuaria reconoció el coche robado y le dieron la orden de parar. Al no hacerlo, se inició una persecución. Algunas calles más adelante, lograron que Bundy se detuviera, aunque todavía hubo una breve lucha para poder reducirlo y llevarlo a la oficina del sheriff. Allí mintió sobre su identidad, se identificó como Ken Misner y encontraron en su poder nada menos que 21 tarjetas de crédito, todas robadas, muchas de estudiantes de la University of Florida. Las cosas habían empeorado radicalmente en cuestión de minutos para Ted Bundy. Mientras se negaba a declarar a menos que le permitiesen comunicarse con Liz Kloepfer, el auténtico Ken Misner se desembarazaba del impostor poniéndose en contacto con la policía e identificándose. ¿Quién era entonces el hombre detenido?

La investigación por los asesinatos en la Fraternidad Chi Omega todavía estaba pendiente y la desaparición de Kimberly Leach, cuyo cuerpo aún no había

aparecido, también. La policía aún no sabía que tenía detenido a un peligroso asesino.

Contra las cuerdas

Bundy fue detenido por haber robado un coche y varias tarjetas de crédito. La investigación posterior reveló su verdadero nombre, y solo entonces se supo cuál era el calibre del criminal que habían atrapado. Desde los estados de Washington, Utah y Colorado llegaron los informes: Ted Bundy estaba condenado por secuestro, investigado por múltiples de crímenes, pendiente de un juicio por homicidio y prófugo. Y el balance de su estancia en Florida era funesto: dos mujeres y una niña asesinadas; tres mujeres salvajemente golpeadas, de las cuales solo una, Cheryl Thomas, pudo identificarlo tras una larga recuperación en el hospital, además de Nita Neary, la chica que salió ilesa de la Fraternidad Chi Omega porque consiguió ocultarse. Y eso había sucedido en apenas 46 días, desde aquel nefasto 30 de diciembre en que se fugó de la prisión de Glenwood Springs.

A partir del martes 14 de febrero de 1978, el resto de la vida de Ted Bundy transcurriría entre rejas. Quedaba aún por delante una defensa encendida de su inocencia y un juicio mediático y largo. Con sus antecedentes de fuga y las acusaciones que pesaban en su contra, Bundy tuvo que esperar más de un año para que comenzara el juicio por el homicidio de las estudiantes que vivían en la fraternidad, mientras seguía purgando condena por el caso DaRonch.


SORORITY HOUSE

Nita Jane Neary presta testimonio en el juicio. Reconoce a Bundy como el hombre que se escabullía de la escena del crimen en la Fraternidad Chi Omega.

Capítulo 10

Justicia

«Murió el animal.»

Titular del periódico The Toronto Sun, miércoles 25 de enero de 1989.

Al hacerse pública la detención del criminal más buscado del momento, las respuestas de la opinión pública fueron tan variadas como infinitas. La prensa desplegó sus titulares a toda página para dar la noticia de que el asesino en serie más sangriento de la historia había sido atrapado. Las reacciones no se hicieron esperar; la más sorprendente fue la de muchísimas chicas de todo el país que, lejos de pensar que podían haber sido presas fáciles, empezaron a idolatrarlo.

Bundy supo sacar partido de ello y explotar la controversia suscitada en la población cada vez que los medios de comunicación le pedían una entrevista. En este sentido, siempre hizo gala de su encanto, tanto si la entrevista se realizaba en la cárcel como si hablaba ante el juez y el jurado.

Tenía una gran habilidad para dilatar al máximo la duración de las sesiones, pero también para arrancar sonrisas en la sala y al propio juez. Al mismo tiempo, podía organizar escándalos, como cambiar de estrategia sin haberlo consultado a su propio abogado, quien abandonó el estrado hastiado mientras Bundy le miraba con sorna cruzado de brazos. Pero además, era morboso; no le turbaba preguntar a los testigos sobre los detalles más escabrosos de los crímenes que él mismo había cometido.

El juicio fue avanzando en medio de tanta información cruzada, hasta que la expectativa llegó a su clímax. ¿Quién podía creer que este tipo bien educado y de buen parecido hubiese entrado en plena noche en la Fraternidad Chi Omega y hubiese hecho lo que hizo? Los cadáveres mutilados y golpeados, dos víctimas que sobrevivieron de milagro y una testigo ocular confirmaban que sí, que

aquello era real y que Bundy era el autor. A la información que figuraba en la causa se sumaba el intento de secuestro de Carol DaRonch, la fuga de Glenwood Springs y una sucesión de casos de los que era sospechoso.

Finalmente, un año y cuatro meses después de su detención en Pensacola, se fijó como primer día de audiencias el 25 de junio de 1979. Considerado por muchos «la encarnación del mal», Bundy llegó entonces a ser una figura codiciada y todo lo que le rodeaba, por macabro que fuera, podía ser noticia y causaba sensación.

Por primera vez en la historia, un juicio era transmitido por televisión; su cobertura alcanzó a todo el país. Se acreditaron medios provenientes de 50 estados y, no solo eso, corresponsales extranjeros de nueve países también estuvieron presentes durante el juicio. Se trató para entonces de un desafío técnico que ponía de manifiesto el enorme interés generado por el caso.

La escena de aquel primer momento del juicio tuvo un aire cinematográfico: cables en el suelo, cámaras en todos los ángulos, medio centenar de periodistas, su novia de entonces, Carol Ann Boone, y su madre, Louise, en primera fila, y una enorme cantidad de público que se apiñaba por donde podía. Al otro lado de la balaustrada de madera oscura, estaban la defensa de Bundy, Michael Minerva y sus colaboradores; el jurado, los fiscales Larry D. Simpson y George R. «Bob» Dekle, además de una mecanógrafa.

Se pidió varias veces silencio. Entró Ted Bundy acompañado de un policía y el clima, ya tenso, se concentró multiplicando expectativas en el aire. El asesino sonrió ligeramente para el público y las cámaras; iba muy bien vestido y se le veía tranquilo. A la sorpresa inicial por su entrada, casi triunfal, le siguieron murmullos que fueron en alza. Al fondo, alguien pisó un cable y una cámara se desconectó, y creció la tensión, que ya parecía propia de una ficción.

Silencio nuevamente. El juez Edward D. Cowart entró en la sala. Por un instante, cruzó su mirada con Ted, ¿era un saludo? Observó al jurado, a los abogados que tenía frente a sí y, tras un gesto casi imperceptible a la mecanógrafa, tomó asiento. Cowart, quien había sido oficial de policía antes de dedicarse a la justicia, era ya famoso por sus citas bíblicas durante los juicios que llevaba a cabo y por su carácter bonachón.

Ese día estaba frente al grupo de personas que iba a enjuiciar a Ted Bundy, hecho que sin duda le haría pasar a la historia. Tras las presentaciones de rigor y los juramentos conocidos, empezó el juicio. Bundy fue acusado por los homicidios de Lisa Levy y Margaret Bowman y por el ataque violento e intento de asesinato de Karen Chandler y Kathy Kleiner, todas alumnas en la Fraternidad Chi Omega, pero él se declaró inocente.


FLA DOC
A069 D 063
FEB 13 1980

Fotografía de la ficha policial de Bundy de 1980.

Aun para los abogados de la defensa, era imposible que Bundy fuera declarado inocente, por eso le propusieron un acuerdo: admitir su culpabilidad para evitar la pena de muerte. En un principio, durante la charla con la fiscalía y el equipo de la defensa, Ted dio a entender que aceptaba la oferta.

Pero, al cabo de unas pocas horas, cuando se reanudó la sesión y contradiciendo las palabras de su abogado, el feminicida volvió a la carga con su perorata, alegando que se trataba de una injusticia urdida contra él. El equipo de abogados de la defensa renunció en bloque, pero el juez no aceptó que Michael Minerva, defensor público, abandonara el caso y permitió que Bundy fuera codefensor de la causa.

Por momentos, impulsivo hasta lo irracional y, por momentos, errático, Ted Bundy montó sucesivas escenas en su defensa, siempre tratando de ganarse la complicidad del público y de los medios. Sin embargo, su discurso a veces confuso despistó a quienes todavía pretendían creer en su inocencia. Margaret Good, abogada y miembro de la defensa, insistió tiempo después que las intenciones de Ted eran contradictorias: «Siempre se ponía de lado de las declaraciones que beneficiaban al estado y no a él, como si la cosa no fuera con él».

Testigo y prueba concluyente

A pesar de que el acusado presentaba las más estrafalarias mociones para dilatar el juicio, desde quejarse por el menú hasta pedir prórrogas para estudiar el caso, llegó el turno de la testigo que sería decisiva. Nita Neary, la joven que se

escondió aquella fatídica noche en la Fraternidad Chi Omega, lo señaló como la persona que salió corriendo con una gorra azul tras los ataques.

Después del testimonio de la joven Neary, llegó el momento de la prueba física que terminó de inculparlo. El odontólogo Richard Souviron mostró al asombrado jurado cómo, sin riesgo de equivocación, las marcas en el glúteo de la chica asesinada coincidían con la impresión dental de Bundy. A pesar de que la defensa trató de desestimar la capacidad del profesional, su declaración fue considerada válida. La misma mordedura, se aclaró después, era la responsable de arrancarle el pezón a la misma víctima.

Para completarlo, el jurado pudo escuchar la declaración de Carol DaRonch, cómo fue su breve pero brutal secuestro y la descripción detallada del rostro de Bundy, a quien ella en un primer momento reconoció como «el oficial Roseland».

Casi un mes después de iniciarse el juicio, el 24 de julio de 1979 y tras seis horas y media de deliberación, el jurado lo declaró culpable. Bundy, por su parte, mostró indiferencia por el veredicto e insistió en que era presa de un juicio injusto y abusivo, de una farsa, en definitiva. Y, aunque su madre, Louise, subió al estrado para pedir piedad por su hijo, él aseguró que no estaba dispuesto a rogar clemencia, porque eso sería aceptar su culpabilidad.

Por los asesinatos de Lisa Levy y Margaret Bowman, fue condenado a muerte. El juez Edward Cowart dijo en su dictamen: «El tribunal considera que ambos asesinatos fueron atroces y crueles. Que fueron extremadamente malvados, viles y perpetrados para infligir un alto grado de dolor a las víctimas y mostrando indiferencia absoluta por la vida humana. Este tribunal, independiente del jurado, pero de acuerdo con la sentencia consultiva dictada por este, impone la pena de muerte al acusado Theodore Robert Bundy. Además, se ordena que, en una fecha programada, una corriente eléctrica le dé muerte».

Aseguraron quienes estuvieron en el juicio y conocían bien a Bundy que este fue el único momento en que dejó de fingir y se le vio realmente abatido.

Con el acusado ya de pie para retirarse, el juez lo despidió con las siguientes palabras: «Cuídate, joven. Te lo digo sinceramente, cuídate. Es una tragedia absoluta para este tribunal ver un desperdicio de humanidad tan absoluto, como en este caso. Eres un joven brillante. Habrías sido un buen abogado y me hubiera encantado que ejercieras frente a mí, pero fuiste por otro lado, amigo. No siento ninguna animosidad hacia ti. Solo quería que lo supieras, cuídate». «Gracias», fue la respuesta de Ted.

Otro juicio, otra condena

A principios de 1980 y con Bundy esperando que se ejecutara su condena a muerte, el estado de Florida volvió a citarlo. Comenzaría el juicio por la violación y asesinato de la menor Kimberly Leach.

El lunes 7 de enero, primer día de audiencias, la defensa argumentó que Bundy era mentalmente incapaz para ser juzgado, pero esa moción fue rápidamente desestimada. Como esta vez no se le permitió actuar como su propio abogado, Ted acusaría al equipo de defensa, Julius Africano y Lynn Thompson, de no poder manejar con suficiente pericia el tema.

Si bien fue considerado culpable y fue sentenciado a pena de muerte por segunda vez, el asesino aprovechó la oportunidad para dar otro golpe de efecto. Cuando su novia Carol Ann Boone fue citada al estrado, Bundy le propuso matrimonio. Ella contestó «sí» y, apelando a una vieja ley del estado de Florida que dice que lo que se declara frente a testigos y un juez es válido y legalmente vinculante, a

partir de aquel momento fueron declarados marido y mujer.

El corredor de la muerte

Ted Bundy fue enviado a la Prisión Estatal de Florida, en Raiford. Ya alojado en lo que se conoce como el corredor de la muerte, hizo lo imposible por postergar la ejecución. Proclamando su inocencia y representándose a sí mismo, logró los primeros seis años de demora. Además de realizar algunas colaboraciones para que los investigadores pudieran encontrar a otros asesinos en serie, fue confesando otros de sus crímenes con cuentagotas y hasta intentó coaccionar a los familiares de las víctimas, sugiriéndoles que, si le daban más tiempo, podrían conocer el paradero de sus seres queridos desaparecidos. Las familias se negaron.

El 2 de julio de 1986, la ejecución fue suspendida quince minutos antes de la hora límite. Y lo mismo ocurrió el 18 de noviembre, cuando se canceló siete horas antes. Finalmente, se fijó una fecha inamovible: 24 de enero de 1989.

IN THE CIRCUIT COURT OF THE SECOND JUDICIAL CIRCUIT,
IN AND FOR LEON COUNTY, FLORIDA, CASE NO. 78-670

BENCH DOCKET

IN THE CIRCUIT COURT OF THE ELEVENTH JUDICIAL CIRCUIT OF FLORIDA,
IN AND FOR DADE COUNTY

STATE OF FLORIDA

VS

THEODORE ROBERT BUNDY

CHARGE: BURGLARY OF DWELLING, ETC. Case No. 79-10154

FILED FOR RECORD
DADE COUNTY, FLA.
CLERK CIRCUIT COURT
79 JUL 31 PM 3:46

What have you to say why sentence should not now be imposed upon you?
Saying nothing that could influence the Court in its decision

SENTENCE

IT IS FURTHER CONSIDERED, ORDERED AND ADJUDGED that as to Count TWO of the INDICTMENT MURDER IN THE FIRST DEGREE you

THEODORE ROBERT BUNDY

be sentenced to DEATH BY ELECTROCUTION, as authorized by Section 775.082(1) of the Florida Statutes.

IT IS FURTHER CONSIDERED, ORDERED AND ADJUDGED that as to Count THREE of the INDICTMENT MURDER IN THE FIRST DEGREE you be sentenced to DEATH BY ELECTROCUTION, as authorized by Section 775.082(1) of the Florida Statutes.

IT IS FURTHER CONSIDERED, ORDERED AND ADJUDGED that as to Count ONE of the INDICTMENT you be imprisoned by confinement in the STATE PENITENTIARY for a term of NINETY NINE (99) YEARS, sentence to begin at the expiration of sentence imposed in Counts TWO and THREE of the INDICTMENT.

IT IS FURTHER CONSIDERED, ORDERED AND ADJUDGED that as to Count FOUR of the INDICTMENT the imposition of sentence be and the same is hereby SUSPENDED.

IT IS FURTHER CONSIDERED, ORDERED AND ADJUDGED that as to Count FIVE of the INDICTMENT the imposition of sentence be and the same is hereby SUSPENDED.

IT IS FURTHER CONSIDERED, ORDERED AND ADJUDGED that as to Count SIX of the INDICTMENT you be imprisoned by confinement in the STATE PENITENTIARY for a term of NINETY NINE (99) YEARS, sentence to begin at the expiration of sentence imposed in Counts ONE, TWO and THREE of the INDICTMENT.

IT IS FURTHER CONSIDERED, ORDERED AND ADJUDGED that as to Count SEVEN of the INDICTMENT the imposition of sentence be and the same is hereby SUSPENDED.

IT IS FURTHER ORDERED that you be given credit for time served in the Leon County and Dade County Jail prior to sentencing, to-wit: ONE HUNDRED SEVENTY FOUR (174) DAYS.

DONE AND ORDERED in Open Court at Miami, Dade County, Florida, this 31st day of JULY, A.D., 1979.

EDWARD D. COWART JUDGE

RECORDED
AUG 3 1979
RICHARD P. BRINKER
CLERK

10472 PG 1298

La sentencia que condenó a morir en la silla eléctrica a Ted Bundy.

Nueve años y medio después de su sentencia, Bundy sería ejecutado en la silla eléctrica. Durante sus últimos días y como si se tratara de una celebridad, Ted dio una serie de entrevistas y realizó algunas revelaciones sobre el destino final de sus víctimas, aunque nunca admitió el ataque a niñas. El 23 de enero rechazó su última comida y conversó largamente con su madre. Tenía 42 años.

Antes de ser ejecutado, Bundy tuvo una extensa charla con el psicólogo especializado en temas cristianos James Clayton Dobson. No puede considerarse una confesión final, pero quizá sí una descarga necesaria antes de lo inevitable.*

JCD: —¿Cuánto tiempo estuviste consumiendo pornografía «dura» antes de que llegaras a asaltar a alguien?

Ted: —Un par de años. Luchaba internamente contra mi comportamiento violento y mi instinto criminal. Sabía que no estaba bien pensar en ello, y hacerlo sin duda era peor. Estaba al límite, y los últimos vestigios de contención eran continuamente puestos a prueba.

JCD: —¿Recuerdas qué fue lo que te impulsó? ¿Recuerdas qué decisión tomaste y dónde?

Ted: —Es muy difícil describir la sensación de llegar a un punto donde sabía que no podría controlarlo más. Las barreras que tenía desde niño no eran suficientes para evitar que hiciera daño a alguien.

JCD: —¿Sería adecuado llamarlo «frenesí sexual»?

Ted: —Es una forma de describirlo, una compulsión, un cúmulo de energía destructiva. Otro hecho que no he mencionado es el uso de alcohol. Junto con mi exposición a la pornografía, el alcohol reducía mis inhibiciones y la pornografía me llevaba cada vez más lejos.

El 24 de enero de 1989 los alrededores de la prisión se convirtieron en un festival. Más de 300 personas se dieron cita para ser testigos del final del asesino. El ambiente era alegre, la gente estaba contenta de que por fin concluyera aquella trágica historia. Pancartas, canciones, incluso camisetas celebraban como si fuera una efeméride la ejecución del mayor asesino en serie conocido hasta entonces. Bundy fue declarado muerto a las siete y dieciséis de la mañana. Sus últimas palabras fueron: «Me gustaría dar mi amor a mi familia y amigos».

Capítulo 11

Casos abiertos

«Actualmente Theodore Robert Bundy se encuentra orientado en tiempo, lugar y persona, su conciencia es clara y su concentración adecuada, con atención, sin alteraciones, su memoria de hechos inmediatos, de hechos recientes y remotos, sin alteraciones y conservada (…) es coherente y congruente.»

Dorothy Otnow Lewis, psiquiatra y escritora. Informe de una larga entrevista con T. B. realizada en la cárcel, en 1987.

Para alargar los días o meses que le quedaban de vida, ya en el corredor de la muerte, Ted Bundy abandonó su actitud de víctima ante un sistema injusto y liberó con cuentagotas algunas informaciones. Pocas horas antes de ser ejecutado, contó dónde había enterrado a algunas de las víctimas y proporcionó detalles macabros sobre sus últimos minutos. Es posible que solo reconociera la necrofilia cuando hizo estas declaraciones.

Los investigadores del FBI, tras la confesión, lograron cerrar 30 casos. Por tanto, el total de crímenes comprobados asciende a 36. Pero existe otra gran cantidad de expedientes, aún no cerrados, en los que se sospecha fundadamente de Ted Bundy. Por el lugar donde ocurrieron los crímenes y su coincidencia con la estancia del asesino en la zona; por el modus operandi que ponía en acción y por la juventud y descripción física de las chicas asesinadas, los investigadores casi no tienen dudas.

De hecho, en una entrevista con el policía y detective Robert D. Keppel concedida en 1987, cuando le preguntó sobre otros asesinatos no resueltos, Bundy manifestó que prefería «no hablar de algunos asesinatos» y, cuando se le preguntó el motivo, alegó «porque las víctimas eran muy jóvenes». Aunque Keppel no logró datos precisos, pudo saber que estas otras chicas «vivían demasiado cerca de casa o tenían una relación muy próxima con su familia».

Incertidumbre

En la línea de «demasiado cerca de casa» y también de «demasiado joven» puede clasificarse el secuestro de Ann Marie Burr, de ocho años. La niña vivía en Tacoma, a diez manzanas de Bundy, y desapareció de su casa el 31 de agosto de 1961. Ted tenía entonces 14 años y trabajaba como repartidor de periódicos. La búsqueda de la niña, en la que incluso intervino la Guardia Nacional, fue en vano. Los investigadores encontraron una huella de calzado de la talla 38 a unos centímetros de la ventana de la habitación de la pequeña y concluyeron que el atacante podría ser un adolescente, pero no se avanzó más.

Su propio padre, años después de la desaparición de su hija, al enterarse de los casos del asesino en serie que copaba los medios, recordó haber visto al joven Ted esa mañana cerca del campus de la University of Puget Sound.

Bundy jamás confesó este crimen e incluso escribió una carta a la familia desde la cárcel, asegurando que no tenía nada que ver con el caso. En el año 2011, cuando se intentó relacionar a Bundy con este asesinato, analizando las pruebas físicas que habían quedado en la escena, no se alcanzó a recabar suficiente material genético como para obtener un resultado determinante.

Si bien se especula que Bundy comenzó a atacar sistemáticamente a mujeres en 1973, algunos de los casos que lo señalan como sospechoso adelantarían sus crímenes unos cuantos años antes, cuando apenas tenía entre 14 y 20 años. Entre ellas se contarían Lonnie Trumbell y Lisa Wick, que fueron atacadas en el sótano de su apartamento del barrio de Queen Anne Hill, en Seattle, la noche del 23 de junio de 1966. Ambas eran mujeres eran azafatas y tenían 20 años. No tuvieron tiempo de reaccionar, cuando un individuo las apaleó con un trozo de madera y no fueron rescatadas hasta la mañana siguiente. Lonnie Trumbell falleció como

resultado del ataque, pero Lisa Wick logró sobrevivir a pesar de las múltiples fracturas de cráneo.

Muchos años después de este asalto, cuando Ann Rule se convirtió en la biógrafa más famosa de Bundy, Lisa se puso en contacto con ella para decirle: «sé que fue Ted Bundy quien nos atacó, pero no puedo decirte cómo lo sé». Bundy siempre negó este ataque.

Las confesiones de Bundy fueron tan variadas y contradictorias que todavía hoy resulta difícil establecer cuántas y cuáles fueron las víctimas. En una de las charlas con el psicólogo forense Art Norman, Ted reconoció haber asesinado, alrededor del año 1969, a dos mujeres cerca de Filadelfia. Podría tratarse de Susan Davis y Elizabeth Perry, ambas de 19 años. Fueron apuñaladas el 30 de mayo de 1969. Las chicas, compañeras del colegio, se habían ido juntas de vacaciones y, se supone, recogieron a Bundy mientras este hacía autostop. El coche fue encontrado al día siguiente, abandonado en las proximidades de Garden State Parkway, New Jersey. Si bien el modus operandi no concuerda con el utilizado mayormente por Ted Bundy, hay que tener en cuenta que estos crímenes se contarían entre los primeros cuando todavía no había construido un método para atacar, violar y matar.

Otra desaparición que se pierde en la nebulosa de datos y en las mentiras de Ted es la de Rita Curran, de 24 años. El 19 de julio de 1971, fue hallada estrangulada, violada y salvajemente golpeada en su apartamento de Burlington, Vermont. Rita era profesora de secundaria y trabajaba a tiempo parcial en un hotel. En estas fechas, se ubica a Ted en su ciudad natal, entre otras cosas porque se hallaron registros de que un tal Bundy fue mordido por un perro alrededor de aquella fecha. Algunos investigadores afirman que tanto las características físicas de la víctima como el modus operandi remiten a Ted. Por el contrario, los policías de Vermont que llevaba este caso le interrogaron antes de su ejecución y lo descartaron como sospechoso.

Pocos días más tarde, el 22 de julio de 1971, Joyce LePage fue vista por última vez en el campus de la Washington State University. Sus amigos afirmaron haberla dejado en la puerta de su apartamento. Ese mismo día, alguien robó una gran alfombra verde del dormitorio de mujeres Stevens Hall, en la misma universidad. Estos dos hechos aparentemente inconexos se relacionarían íntimamente nueve meses después, cuando se encontró el cuerpo de Joyce envuelto en la alfombra, en un barranco profundo al sur de Pullman, Washington. La chica había sido acuchillada. Nunca se supo quién la mató y Bundy niega haberlo hecho. Sin embargo, el detective Robert Keppel, quien trabajó durante años para la fiscalía de Washington, solicitó que se mantuviera a Ted en la lista de sospechosos.

Poco antes de ser ejecutado, el propio Bundy confesó algunos homicidios, dos de ellos cometidos en 1973 en Oregón. Uno podría ser el de Rita Lorraine Jolly, que tenía 17 años, una alumna del West Linn High School. El segundo homicidio podría ser el de Vicki Lynn Hollar, de 24 años. Vicki desapareció de Eugene 21 días después de Rita Lorraine Jolly. Llevaba un vestido rosa. Jamás se pudo establecer la culpabilidad de Bundy, porque hasta el día de hoy no se han hallado sus cuerpos.

Sí se encontró el cuerpo de Debbie Smith, que desapareció en febrero de 1976. Lo encontraron el 1 de abril de ese año, en las proximidades del aeropuerto de Salt Lake City. Nuevamente, el crimen se atribuyó a Bundy, pero el caso aún no está resuelto.

Como tampoco está resuelta la desaparición de Sandra Jean Weaver, de 19 años y que también se adjudicó a Ted Bundy. Sandra había viajado desde Tooele, donde vivía, hasta Salt Lake City, donde fue vista con vida por última vez el 1 de julio de 1974. Su cuerpo desnudo fue hallado al día siguiente, con signos de estrangulamiento y violación, a orillas del río Green, más de 3 km al este de Grand Junction (Colorado).

Otra mujer que sigue siendo clasificada como desaparecida es Nancy Perry Baird. Tenía 23 años y trabajaba en una estación de servicio en Farmington, Utah, 32 km al norte de Salt Lake City. Fue vista por última vez el 4 de julio de 1975. Bundy negó toda relación con el caso.

Hay más casos de mujeres desaparecidas entre 1961 y 1978 por los lugares donde Ted Bundy vivió o estuvo de paso. Hemos citado aquellas que se relacionaron directamente con Bundy y se le interrogó sobre ellas, aunque no pudiese o no quisiese reconocer o recordar. Casos como el de Shelley Robertson y Melanie Cooley, que podrían formar parte de esta lista, también fueron incluidos entre sus crímenes por tratarse de un modus operandi que se ajusta como un guante con la forma de actuar de este asesino, aunque la relación no es tan evidente.

Algunas respuestas

Desde el corredor de la muerte, Bundy confesó abiertamente el crimen de Susan Curtis, la muchacha de 15 años que desapareció en junio de 1975 tras la primera jornada de la Conferencia Juvenil Bountiful Orchard, que se celebraba en una universidad de Provo. Habían pasado 14 largos años y aunque Bundy afirmó haber enterrado el cuerpo desmembrado de Susan a lo largo de la carretera cerca de Price, en Utah, la búsqueda de los restos no dio resultado. Ni siquiera ese póstumo consuelo tuvo su familia.

Bundy también confesó el asesinato, de la instructora de esquí Julie Cunningham. En este caso, además, relato los hechos. Según explicó, se hizo pasar por un esquiador herido y pidió ayuda a Julie. La joven se acercó a él y se ofreció a llevarle las botas al coche. Bundy aprovechó la ocasión para darle un fuerte golpe que la dejó inconsciente e introducirla en el coche. Si luego la estranguló y la arrojó a una tumba poco profunda, 128 km al oeste, no se pudo confirmar nunca. Las afueras de la pequeña ciudad de Rifle, el lugar donde el

asesino indicó haberla dejado, eran un páramo con pocos árboles, pero su cuerpo nunca fue encontrado.

El tiempo también pudo probar la inocencia de Bundy en desapariciones que fueron atribuidas. Confirma eso la investigación llevada a cabo por el asesinato de Katherine Merry Devine, la adolescente que se escapó de su casa haciendo autostop. Se necesitaron 28 años y pruebas de ADN para conocer la verdad. El sheriff Dan Kimball siempre sospechó de William E. Cosden Jr. y nunca le perdió la pista. Cosden había sido visto en la parada de camiones donde trabajaba con sangre en su ropa, no muy lejos del lugar donde Kathy desapareció. En 1986, Kimball consiguió una orden para tomar muestras de sangre, cabello y saliva de Cosden. Estas muestras no pudieron ser sometidas a pruebas de ADN hasta 2001. Aunque tarde, demostraron que Cosden había estado con Kathy Devine. El acusado admitió haber tenido relaciones sexuales con Kathy, pero negó haberla matado. De todas maneras, Cosden de 55 años estaba cumpliendo una condena de 48 años por violación en primer grado. No es probable que salga de la cárcel.

Hubo casos de suma ambigüedad, como los de Carol Valenzuela y Martha Morrison.

Ambas desapariciones coinciden por fechas y área geográfica con las actuaciones de Bundy. Los cuerpos de las dos chicas fueron encontrados el 12 de octubre de 1974 en una tumba casi al ras del suelo, en un descampado en la localidad de Yacolt, al sur de Olympia. Habían desaparecido con un mes de diferencia. El 2 de agosto se vio por última vez a Carol, de 20 años, en Vancouver, Washington, mientras que Martha Morrison, de 17, desapareció de Eugene, Oregón, el 1 de septiembre.

Bundy negó categóricamente esos dos crímenes y por primera vez se discutió si la autoría le correspondía a él o a otro asesino: Warren Leslie Forrest. En 2017, las pruebas de ADN confirmaron que fue Forrest quien mató a Martha Morrison,

aunque no se pudo garantizar nada sobre Carol Valenzuela y solo se especuló con la versión de un mismo asesino, por el hecho de que las mujeres fueron encontradas juntas.

Capítulo 12

Regresión

«Me gustaría que las personas que han experimentado un trauma, incluso si es diferente al mío, encuentren el coraje para hablar y comenzar su propia curación.»

Rhonda Stapley, víctima y superviviente de Ted Bundy.

Se sospecha que desde que Ted Bundy comenzó su cacería, que puede remontarse a 1961, hasta su detención en 1978, asesinó a más de 100 mujeres. De esa cifra, seis crímenes fueron categóricamente comprobados y otros 30 confesados por él una vez que estuvo en el corredor de la muerte.

En su larga carrera criminal, dejó pocas supervivientes: Joni Lenz, que quedó con daño cerebral permanente, Carol DaRonch, que huyó cuando la secuestraba; Kathy Kleiner y Karen Chandler, las dos supervivientes de la Fraternidad Chi Omega, y Cheryl Thomas, que fue atacada en su apartamento y salvada por una vecina.

Aparte de los casos abiertos y las desapariciones de las que es sospechoso, esta información fue válida hasta la ejecución de Ted Bundy, ocurrida en enero de 1989.

En el año 2016, cuando estos terribles asesinatos ya descansaban en el archivo histórico, un nuevo caso salió a la luz. Un secuestro y violación ocurrido en 1974. Una víctima que no fue capaz de denunciarlo en su momento, que calló por vergüenza y guardó su dolor: Rhonda Stapley.

Cuarenta y dos años después

Salt Lake City, 11 de octubre de 1974. Rhonda había empezado su primer curso universitario en la facultad de Farmacia; tenía entonces 21 años. Aquel viernes llevaba un rato en la parada de Liberty Park esperando el autobús y, aunque atisbaba el horizonte constantemente, el vehículo no aparecía. El viento del otoño la despeinaba y la obligaba a entrecerrar sus ojos azules, cuando un coche se acercó lentamente. Era un Volkswagen Escarabajo color crema, que se detuvo y retrocedió unos metros. Un chico guapo, bien vestido, se inclinó desde dentro sobre la ventanilla del acompañante.

A la escena silenciosa siguió un breve diálogo donde se intercambiaron saludos de cortesía, información sobre el destino y la invitación a subir. El autostop no era una conducta mal vista como tal vez hoy día lo sea y, además, el recorrido era corto y conocido, ¿qué podía pasar? Rhonda subió al coche, y lo primero que notó fue que la puerta del acompañante no tenía manija de apertura. Pero, si tuvo un mal presentimiento en el momento, lo descartó… Entonces no había seguro para niños en los coches y era probable que hubiera sido suprimido a propósito, por motivos de seguridad.

Al poco de avanzar, Rhonda vio que no iban directo al campus, pero Ted —así se presentó el conductor— le aclaró que debía pasar cerca del zoológico a hacer un recado. Otra señal de alarma que se encendió y apagó rápidamente. Todo estaba bien, el tal Ted era simpático y educado. El desvío no era tan grave.

Sin embargo, pasado el zoológico, la conversación, entretenida hasta ahora, se fue convirtiendo en un raro silencio. La tensión ganó terreno y, sin previo aviso, el conductor detuvo su coche en Big Cottonwood Canyon, un cañón en la cordillera Wasatch a casi 20 km al sudeste de la ciudad. ¿Cómo habían llegado tan lejos?

Solo se podía oír el viento cuando Ted acercó su rostro al de Rhonda. Ella pensó

que iba a besarla y trató de desembarazarse de la situación, que podía parecer romántica, sin montar un escándalo. Pero las intenciones del hasta hace muy poco afable conductor eran otras. Entonces murmuró: «¿Sabes qué? Te voy a matar».

Puede que el susurro de esta frase haya sonado a diario en la cabeza de Rhonda durante los siguientes 42 años. Porque, tras formularla, lo que siguió fue una sucesión de eventos horripilantes. Ted Bundy la cogió por el cuello y la estranguló hasta dejarla inconsciente. La bajó del coche y, al ver que la chica volvía en sí, la volvió a estrangular, y así sucesivamente mientras la llevaba a un lugar más cómodo y la violaba.

Rhonda no pudo especificar cuántas veces se repitieron ambas acciones o cuánto tiempo pasó con precisión. En uno de los momentos en que ella volvió en sí, aprovechando un descuido del violador, que creía que la chica estaba muerta, corrió con todas las fuerzas que sus piernas le permitieron.

En un punto de su huida, Rhonda tropezó y rodó por una pendiente hasta caer a un helado río de montaña. Sin casi poder reaccionar, fue arrastrada aguas abajo por la corriente. «El río me salvó», confirmó la mujer años después. Cuando logró salir del agua, estaba a 16 km de su casa.

Confundida, mojada, aterida y con señales de estrangulamiento, Rhonda caminó dolorida y sollozando hasta su casa. Una vez allí, se bañó y nunca más habló de lo que había pasado aquel día. Años después, en una entrevista para la cadena de noticias de Utah, KUTV, la mujer admitió: «Tenía miedo de que las personas me trataran de manera diferente cuando supieran lo que sucedió. Quería dejarlo atrás y seguir con mi vida, fingir que nunca había pasado».

«Fui asaltada y no lo conté a nadie en 42 años. Sentí vergüenza». Estas palabras

sintetizan el porqué de su reacción. Criada en la fe mormona, Rhonda temía el qué dirán y suponía que sería segregada por no ser virgen, aunque la pérdida de su virginidad se hubiese producido en el más atroz de los contextos. En una nota publicada por la revista People en 2016, Rhonda recordó: «Me imaginaba a la gente susurrando: "esa es la chica que fue violada"».

Tiempo implacable

¡Tantos años pasaron desde aquel 11 de octubre! Rhonda siguió adelante con su vida, se casó y formó una familia. De alguna manera, aquel terrible percance parecía estar enterrado para siempre. Ella sabía que su violador había sido Ted Bundy y muchas veces lamentó no haberlo denunciado. Otras muertes podrían haberse evitado; pero no, aunque ella luchó consigo misma, no pudo expresar sus sentimientos ni poner en palabras lo que había sufrido.

En el año 2011, un incidente casual ocurrido en su trabajo devolvió al presente aquel hecho salvaje. Fue acosada y su reacción se disparó: «No podía controlar mis lágrimas, no podía dormir, no podía comer —contó a People—. Pensé que me estaba volviendo loca. Pero sabía que tenía que estar relacionado con lo sucedido con Bundy, porque de eso se trataban mis sueños, mis pesadillas y mis ataques de pánico».

Finalmente, Rhonda decidió pedir ayuda. Descubrió que el estrés postraumático no es propiedad exclusiva de los soldados que vuelven del frente, y supo que eso fue lo que había sufrido durante todos los años posteriores a la agresión, incluyendo síntomas como negar o tratar de olvidar lo ocurrido. Rhonda tuvo periodos de irritabilidad, de aislamiento social y, también, de comportamiento autodestructivo tomando por su cuenta pastillas para dormir. Gracias a la terapia consiguió sobreponerse. Cuando empezaba a sanar de las viejas heridas, su terapeuta la instó a relatar su sufrimiento. Y aún más, le propuso contar el proceso completo, desde el momento en que decidió subir al coche de un

desconocido, hasta los resultados que día a día le estaba dando la terapia.

El producto de ese viaje de introspección, recuerdo y emoción se llama: I Survived Ted Bundy: The Attack, Escape & PTSD That Changed My Life (‘Sobreviví a Ted Bundy: el ataque, la huida y el trastorno de estrés postraumático que cambiaron mi vida’), un libro en el que, además del horror del que fue protagonista, se narran los años de silencio, las formas de acallar los recuerdos y, también, la nueva vida al entender de qué se trata el maldito estrés y sus consecuencias.

Daños colaterales

Como Rhonda Stapley, que calló por miedo y luego fue capaz de revelar sus cicatrices, o como Carol DaRonch, quien salió prácticamente ilesa del ataque, otras mujeres próximas al asesino también tuvieron que reconstruirse.

Su madre, Louise, fue una acérrima defensora de la inocencia de Ted hasta que escuchó las confesiones grabadas de la voz de su propio hijo. Su castillo de naipes fue derribado de un golpe para siempre y tuvo que vivir hasta su fallecimiento, en diciembre de 2012, con la tristísima realidad de tener un hijo asesino, violador y necrófilo.

Elizabeth Kloepfer, la que fuera su novia durante aquellos tormentosos años, también tuvo que recibir ayuda terapéutica para sobrellevar el hecho de haber dormido con un feminicida. A partir de esa experiencia, escribió el libro The Phantom Prince: My Life with Ted Bundy (‘El príncipe fantasma: mi vida con Ted Bundy’), cuya historia inspiró la película Extremely Wicked, Shockingly Evil and Vile (‘Extremadamente malvado, sorprendentemente maligno y vil’).

Pero, probablemente, la más controvertida de sus víctimas ha sido Carol Ann Boone. Esta antigua compañera de la facultad con quien Ted había tenido un romance reapareció en su vida durante el juicio por el caso DaRonch. «No creo que Ted deba estar en prisión», repetía a quien quisiera escucharla, «no tenían razones para acusarlo de asesinato». Firme en esta postura, Carol se casó con Ted durante el último juicio, cuando fue condenado por el crimen de la niña de 12 años, Kimberly Leach. A pesar de no tener permiso para acercarse al criminal, Carol se las ingeniaba para sobornar a los carceleros y poder pasar con él algún rato a solas. Producto de esos encuentros, nació Rose, la hija de ambos. Y no fue hasta 1986, es decir, después de casi siete años de matrimonio, que Carol decidió poner punto final a la relación. Necesitó oír del propio Bundy que era culpable.

Es casi imposible determinar cuántas mujeres sucumbieron a los encantos de Ted, cuántas lo vieron como «el muchacho guapo» y cuántas conocieron su lado oscuro. No se puede saber, aun cuando han pasado muchos años, cuántas fueron violadas, sodomizadas y golpeadas hasta morir. Sabemos, sí, que Ted Bundy fue uno de los criminales más crueles y sádicos del siglo xx.

Perfil criminal

Nacionalidad: estadounidense.

Nacimiento: Burlington, 24 de noviembre de 1946; hijo de madre soltera.

Perfil: violador, asesino y necrófilo. Mentiroso compulsivo. Mente calculadora y fría, carente de empatía y sin sentimiento de culpa. Extremadamente peligroso y sádico. Para obtener placer sexual necesitaba ejercer un control absoluto sobre sus víctimas, producirles dolor.

Tipo de víctimas: mayoritariamente, mujeres entre 14 y 23 años.

Crímenes: autor confeso del homicidio y violación de 36 mujeres entre 1974 y 1978. Algunas investigaciones le atribuyen más de 100 asesinatos.

Modus operandi: secuestraba a las víctimas valiéndose de su atractivo y educación, las estrangulaba y violaba, incluso después de muertas.

Perfil psicológico: diagnosticado como un maníaco-depresivo (hoy más conocido como trastorno bipolar) por la doctora en psiquiatría Dorothy Otnow Lewis.

Condena: sentenciado a la pena de muerte en la silla eléctrica por los asesinatos de Lisa Levy y Margaret Bowman el 24 de julio de 1979. Fue ejecutado en Florida, el 24 de enero de 1989.

Bibliografía

Dawson, Paul (Dr.). Serial Killers 3: My Interviews with Ted Bundy, Charles Manson & Karla Homolka. CreateSpace Independent Publishing Platform, 2017

Hickey, Eric W. Serial Murders and Their Victims. Wadsworth, 2013

Ted Bundy: A Life from Beginning to End. Hourly History, 2017

Kendall, Elisabeth. The Phantom Prince: My Life with Ted Bundy. Madrona Pub, 1981

Michaud, Stephen G., y Aynesworth, Hugh. Ted Bundy: Conversations with a Killer. Authorlink, 2000

Michaud, Stephen G., y Aynesworth, Hugh. The Only Living Witness: The True Story of Serial Sex Killer Ted Bundy. Authorlink, 2012

Morrow, William, & Co. Defending the Devil: My Story as Ted Bundy's Last Lawyer. Polly Nelson, 1994

Ressler, Robert K., y Shachtman, Tom. Asesinos en serie. Editorial Ariel, 2018

Rule, Ann. The Stranger Beside Me: The Shocking Inside Story of Serial Killer Ted Bundy. Gallery Books, 2018

Stapley, Rhonda. I Survived Ted Bundy: The Attack, Escape & PTSD That Changed My Life. Cardinal Publishers Group, 2016

Sullivan, Kevin. The Encyclopedia of the Ted Bundy murders. WildBlue Press, 2020

Sullivan, Kevin. Ted Bundy’s Murderous Mysteries: The Many Victims of America’s Most Infamous Serial Killer. WildBlue Press, 2019

Para saber más

Documental del canal Investigation Discovery Ted Bundy: La mente de un monstruo

https://www.youtube.com/watch?v=aebo9n4GaWg

Inside Ted Bundy's Head: 10 Twisted Confessions From the 'Angel of Decay'

https://www.investigationdiscovery.com/crimefeed/serial-killer/suspected-serial-killer-arrested-for-multiple-unsolved-murder-co

Archivos y documentación original del FBI sobre el caso Bundy: https://vault.fbi.gov/Ted%20Bundy%20